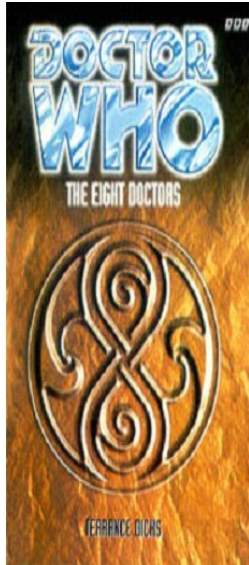


DOCTOR WHO

Los Ocho Doctores



Un Ebook del Octavo Doctor

Por Terrence Dicks

Contenido

Prologo

Capitulo 1 Totters Lane (Nombre de calle)

Capitulo 2 Información recibida

Capitulo 3 Reunión

Capitulo 4 La Legión perdida

Capitulo 5 Decisión

Capitulo 6 Fuga

Capitulo 7 El fin del Demonio

Capitulo 8 Viejos Amigos

Capitulo 9 Interludios

Capitulo 10 Vampiros

Capitulo 11 La Mutación Vampirica

Capitulo 12 . . . La Sangre de un Señor Del Tiempo

Capitulo 13 Timescoop

Capitulo 14 Armonía

Capitulo 15 Culo de Buridan

Capitulo 16 Campo de Batalla

Capitulo 17 Sentencia de Muerte

Capitulo 18 Flavia

Capitulo 19 Investigación

Capitulo 20 El Amo

Capitulo 21 El Regreso

Capitulo 22 Vacaciones con Peligro

Capitulo 23 El Juego de Rassilon

Epilogo

Apéndice Extracto de los pergaminos secretos de Gallifrey

Prólogo

El Doctor cerró La Maquina del Tiempo con un gesto.

– Querido viejo H.G – Murmuró-Tan optimista, tan entusiasta... especialmente para las señoritas.

El Doctor sonrió brevemente, como un recuerdo agradable, pero entonces él frunció el ceño, como el evento – bien, evento subjetivo – eventos como las celebraciones del milenio en San Francisco atravesó su mente una confusa serie de atroces imágenes.

Eso fue ser loco, una fantástica aventura, totalmente improbable, eventos ilógicos.

Él frunció el ceño al recordar al Amo, trató su preciosa TARDIS como si fuera suya. ¿Como lo hizo para entrar para empezar? ¿Donde adquirió él esos misteriosos poderes mórficos, él tuvo que hacer uso de muchos? Era inútil especular, decidió El Doctor. Él querría probablemente no saber nunca la respuesta por ahora.

Él miró alrededor de la inmensidad de la reconfigurada sala de control de la TARDIS, con esos pinos acanelados en las paredes y consolas complicadas. Él solo había estado tan contento con ella una vez.

- Ahora parece llevar la marca persistente de la presencia del A,p

El Doctor se levantó bruscamente, de repente recordó algo. Mejor hacer una comprobación final – solo para asegurarse de que no quedaba nada de la influencia del Amo.

Salió de la sala de control de la TARDIS, El Doctor se dirigió a la sala de claustro. Se paseó lentamente por los pasillos con columnas y cruzó la plaza de losas, entrando en la enorme estructura central que ocupó el Ojo de la Armonía.

Se quedó mirando hacia abajo en la escultura de granito plana en forma de un gran ojo cerrado.

No era el Ojo de la Armonía de todos modos. Por supuesto que no lo era.

Sólo una manifestación simbólica, un aspecto, del Gran Ojo de la Armonía en Gallifrey. Creado por Omega, estabilizado por Rassilon, El Ojo estaba atrapado en un lugar de un agujero Negro.

Su energía inagotable potenciaba la totalidad de Gallifrey- incluyendo todas las TARDIS con las que Señores del Tiempo viajaron a través del espacio y

el tiempo. Incluso un tipo cuarenta anticuado, como esta, estaba directamente vinculado a él. El Doctor estudió el ojo durante largo tiempo. Estaba cerrado, como debía ser. Todo estaba en orden.

Excepto...

En la esquina de piedra de los ojos cerrados, algo brillaba como una lágrima. El doctor se inclinó hacia delante para estudiar más de cerca. Era sólido, como un diamante pequeño brillante. Seguramente debe irritar los ojos, pensó el doctor.

Al igual que los fragmentos arenosos que los niños llaman "sueño" que a veces encuentran en sus ojos al despertar. Se acercó más aún. El pequeño diamante comenzó a arder aún más brillantes. Brillaba y quemaba y se volvió en si un rayo de energía pura que arremetió contra él y hacia arriba y le dio en el ojo, punzante en el Cerebro. El doctor se tambaleó hacia atrás, llevó sus manos a sus ojos y se estrelló contra el suelo. Al caer, oyó una burla.

– Siempre una última trampa, doctor. Todos los males terminan mal...

Sonaba la risa burlona del Amo en sus oídos...

Algún tiempo después - no tenía idea de cuánto tiempo - el Doctor se despertó. Él se puso de pie y se tambaleaba por un momento, frotándose los ojos. Miró hacia abajo sin comprender la escultura de piedra plana de un ojo cerrado, aliviado cuando sus contornos borrosos se centró en la claridad repentina. Por lo menos todavía podía ver. Pero, ¿qué estaba viendo? Con un sobresalto de horror y de miedo, se dio cuenta de que su entorno era raro, exótico y totalmente extraño para él.

Se dio la vuelta y se alejó del exterior de un edificio catedralicio, a través de la plaza de las losas. Él estaba hay por el destino, no por casualidad. Algo se le dibujó. Debía de haber algo. Sus pasos lo llevaron a tropezar a lo largo de otra ruta por alrededor del laberinto de la TARDIS y terminó en una habitación con blancas redondeadas paredes y una consola central de muchos lados.

Esto, a pesar de que no se dio cuenta, era la habitación antigua y tradicional de control de TARDIS, en toda su simplicidad clásica. algunos antiguos sillas, un cómodo sillón, una mesa antigua, un perchero, una columna alta con la estatua de un pájaro en la parte superior ...

Había algo reconfortante, tranquilizante y familiar en esta habitación. Se apoyó en la consola de control, las manos hacia fuera. La consola parecía sentir un hormigueo con el calor. La vida y la fuerza inundaron su cuerpo.

Había encontrado a un viejo amigo.
Después de un momento se enderezó y miró a su alrededor sin comprender. ¿Cuál era este lugar? Claramente que era una especie de sala de control. Pero, ¿qué se suponía que controlaba?

Vagaba por la habitación. Había sillas, una mesa, un vaso de agua con una taza sucia al lado de él. Él tocó la pared y una puerta del armario se abrió de repente, revelando un estante de ropa.

Un hombre estaba junto a la taquilla, observándolo.
Un hombre alto, de ojos azules, el hombre con el pelo más bien largo. Llevaba una chaqueta de terciopelo, un cuello de pajarita y corbata.

Se miraron el uno al otro por un momento. El Doctor levantó la mano de forma defensiva y la copia hizo lo mismo.

De repente se dio cuenta de que estaba mirándose en un espejo de cuerpo entero puesto en la puerta del armario.
Miró con curiosidad en el rostro en el espejo. Era el rostro de un extraño. Una palabra se formó en su mente: la amnesia.
No sabía qué aspecto tenía. No sabía quién era.
Sintió los labios calientes de una chica por su cuenta y escuchó un grito de voz exultante, “Yo soy el Doctor” La voz era la suya.

“Bueno eso es algo- murmuro-. Un nombre- o por lo menos, un título. Pero no es suficiente.

“¿Doctor en que? ¿Qué Doctor?”

Oyó otra voz. Pero esta no era la suya. Era una voz profunda, resonante, retumbante y ronco al mismo tiempo.

Le llamó la imagen sombría de una gran abovedada cámara en la que un rayo de luz daba en un ataúd de piedra. En la parte superior del féretro yacía una forma inmóvil, vestido con ropas ceremoniales antiguos.

Un friso de imágenes de Señores del Tiempo recorrían los lados del féretro, pero los ojos del rostro de piedra estaban furiosamente llenos de vida. La voz dijo: “¡Cofia en la TARDIS, Doctor!” Inmediatamente, el doctor sabía que la TARDIS era donde estaba.

El multifacé de control de la consola estaba debajo de sus manos. La infinidad de salas y pasillos y cámaras que había más allá de ella. Un mini-universo - y una entidad sensible. Un viejo amigo. La voz en su cabeza volvió a hablar. “Confía en la TARDIS. Deja que te lleve de vuelta al principio”

Las manos del Doctor empezaron a tantear sobre los controles.

CAPÍTULO 1

- ¿Y qué es eso?

Tocó la bolsa de plástico. -Te voy a dar algunos ejemplos gratuitos.

- ¿Qué?

- Funciona muy rápido esto, Sam. Ahora mismo estás muy alto, y muy pronto estarás enganchado de verdad. Mira, una vez que lo has probado, no serás tan esnob al respecto. Y no me vas a querer comprar nada más, porque voy a ser tu fuente de suministro. Incluso podría empezar a ser agradable para mí. No te preocupes por la guita, Sam, te voy a hacer un precio especial. Después de todo, somos compañeros.- Baz le sonrió, complacido por la forma en que había llegado a una solución elegante a un problema difícil.

De repente, Sam se sintió mal por el miedo.

- No me darás esas cosas. Yo no fumo, ni siquiera bebo Coca-Cola. Soy vegetariano...

- Lo siento, Sam, no tienes elección, no por primera vez de todos modos. Después de eso te va a gustar.- Baz hizo una seña a su banda fascinado.- Cógela, esto no tomará mucho tiempo.

Los chicos de Baz avanzaron. Sam se echó hacia atrás, hacia el Doctor y la TARDIS.

- Perdona.- dijo el doctor.

Había estado allí todo este tiempo como alguien atrapado por una conversación incomprensible en una fiesta, incapaz de participar, pero demasiado educado para alejarse.

-¿Qué?- gruñó Baz.

- Déjame ver si he entendido bien.- dijo el Doctor.

Señaló con el dedo a Baz.- Tu y tus socios os dedicáis a la venta de drogas ilícitas. ¿En una escuela? ¿Para los niños?

- Así es- dijo Sam, antes de que Baz pudiera contestar.- Ahora está a punto de pasar de las drogas blandas a las duras. Esas cosas en de la bolsa son crack cocaína.

El Doctor se volvió hacia Baz, que se encogió bajo el resplandor congelado de los brillantes ojos azules.

- ¿No te da vergüenza?

La pregunta era, obviamente, perfectamente sincera.

Baz fue aguijoneado por el desprecio en la voz del Doctor

- Mira, es sólo un negocio, ¿vale? Manténgase fuera de él, o se hará daño.

Implacablemente el Doctor continuó con su resumen.

- ¿También deduzco que ahora la intención es forzar para administrar drogas a esta joven para que de ese modo quiera o no pueda obstaculizar sus actividades?

- Eso es correcto. ¿Qué va a hacer al respecto?

- Tengo que pedirle que venga conmigo a las autoridades locales.- Miró inquisitivamente a Sam.

- Comisaría de Policía Coal Hill.- dijo ella rápidamente.

El Doctor asintió con la cabeza. - Para que me acompañara a la Comisaría de Policía de Coal Hill, para entregar las drogas y hacer una confesión completa.

Había tal autoridad en su voz que, sólo por un momento Baz se encontró realmente en movimiento para obedecer. De repente, consiguió volver en sí y se volvió hacia el más grande de su banda.

Mo hacía todo el trabajo pesado de la banda. Mo podría aplastar a este imbécil que se atrevió a hablar con él, con él, Baz, como si estuviera sucio.

Al igual que él era nada...

- ¡Ordénalo, Mo!

Mo se precipitó alcanzando al Doctor, que dio un paso adelante, se agarró de la muñeca derecha y Mo hizo un movimiento circular de aspecto complicado.

Mo realizó un salto mortal completo, y cayó de espaldas sin aliento.

Por un breve momento, el Doctor se recordó volando por los aires, levantándose frente a uno de muchos brazos, los ojos brillando estando en una enorme y brumosa caverna.

- Concéntrate, Doctor- dijo la criatura con severidad.- Recuerda, centrado, circularidad, enfoque y equilibrio. Úsalos para convertir la fuerza de tu atacante en su contra. ¡Discapacitados como tú, deberías ser capaz de hacerlo mejor que esto!

Y con el tiempo y la práctica lo había hecho mejor, recordó el Doctor, satisfecho de que había recuperado al menos un fragmento de la memoria. De hecho, él se había vuelto extremadamente experto en Aikido Venusiano. Pocas formas de vida de dos brazos podrían decir lo mismo.

A medida que Pete, el pequeño Mikey y Baz se cerraron en el ataque, el Doctor se movió con gracia entre ellos tirando de aquí, girando allí...

En medio de gritos de rabia y de dolor, tres cuerpos volaron por el aire en una especie de ballet involuntaria –y todos aterrizaron sobre Mo, que estaba luchando por levantarse.

El Doctor se volvió hacia la asombrada Sam.- ¿En caso de no estar de nuevo en la escuela?.- Sam consultó su reloj. Eran las once.

- ¿Supongo que debería, verdad?
- ¡Adelante entonces. Puedo lidiar con estos cuatro.
- Claro que puedes. Gracias.

Ella lo miró por un momento. Era un hombre muy guapo. Lástima que estaba loco. Con un gesto de despedida, Sam se deslizó por la puerta abierta y desapareció.

El Doctor miró el montón de cuerpos, que comenzaron desentrañarse en cuatro jóvenes bastante mal parados. Nadie parecía muy ansioso por volver a la refriega.

De hecho, Mo se estaba apartando, haciéndolo hacia la salida.

Antes de que pudiera hablar allí llegó el sonido de un motor de automóvil. Se acercó y miró por la puerta abierta.

- ¡Policías!

Se lanzó hacia fuera de la puerta y echó a correr.

Todos oyeron el ulular de una sirena de policía. En respuesta a un estímulo familiar, Baz y sus muchachos se pusieron en pie, esquivaron el depósito de chatarra desordenado y se desvanecieron en la cerca de atrás a una velocidad sorprendente.

Todavía desconcertado, el Doctor los vio irse. ¿Debía intentar detenerlos? Tal vez no fuera asunto suyo.

Sus trabajos.

¿Pero entonces, cual era su trabajo?

¿Qué hacía aquí de todas formas?

Se volvió hacia la TARDIS, su pie rozó contra algo. Fue la bolsa plástica de Baz. Se inclinó y la recogió, justo cuando una figura vestida de azul corría hacia el patio.

Unos minutos antes, el alguacil Bates que era viejo y cínico y el alguacil Sanders, quien era nuevo y entusiasta, entraron en Totters Lane en su coche patrulla.

Bates dejaba que Sanders condujera, la experiencia era buena para el chaval. Fue a señalar que era el momento de la pausa del té cuando el ojo de águila del joven Sanders se fijó que alguna escoria local salía corriendo del patio de Foreman.

- ¡Mira!

Sanders encendió la sirena y puso su pie sobre el acelerador.

Bates se encogió de hombros. -Será solo algún chico perdiendo el tiempo.

- Esa puerta fue bloqueada ayer, dijo Sanders. -¡Debe ser un robo al menos!

- Vale, vale. Murmuraba Bates.

- No es exactamente el gran robo del tren, ¿Verdad?

En el momento que el coche de policía se paró en seco fuera del depósito de chatarra, había desaparecido la figura a la vuelta de la esquina.

Sanders saltó del coche de la policía y corrió hacia el patio, seguido a un ritmo más pausado por Bates.

Encontraron a un hombre extrañamente vestido, de pelo largo, de pie delante de una obsoleta cabina de policía y una bolsa de plástico en la mano.

Sanders quería sacar su Magnum y gritar, ¡Alto, escoria! , pero no fue así como lo hizo. Dejó caer una mano hacia su porra y dijo, -¿Puedo preguntarte qué está haciendo en locales cerrados, señor?

El hombre parecía desconcertado.

- No estoy realmente seguro. Acabo de.... Llegar

Bates se fijo en el extraño traje del despistado, mirándole con sus ojos azules.

Otro liberado en la comunidad demasiado pronto, pensó. Más fuera que dentro, en estos días.

- ¿que es lo que lleva en la bolsa, señor? persistieron Sanders. ¿Es suyo?

- Ahora quiero hablar con usted acerca de eso, dijo el Doctor. Al parecer es algo que se llama la cocaína. Crack

El les dio una mirada de reprobación.

- ¿Eran conscientes de que esto se está circulando en su área? ¡Nada de esto sucedía en Coal Hill cuando solía vivir aquí!

En cuanto mencionó la cocaína, Sanders y Bates sacaron sus porras. Drogas a menudo significan también pistolas estos días, incluso en Londres.

-Solo entrégueme la bolsa, por favor, dijo Bates.

-Sí, por supuesto. El hombre se lo entregó.

Bates miró en el bolsa, luego se volvió a Sanders y asintió con la cabeza.

-¿Y de dónde has sacado ese bolsa, señor?

-De un joven, él lo trajo hasta aquí.

-Deben haber estado usando el patio de para negociar drogas, dijo Sanders. -Ese chico que vi, fue al acecho. Él les advirtió y todo se

despejó. Bates miró al desconocido extrañamente vestido. -Este no parece tener prisa.

Sanders no quería perder el crédito para la captura de un traficante de drogas influyente.

-Será mejor que lo vaya a buscar.

-Realmente no tengo tiempo para ir con usted ahora, dijo el hombre con calma. -Estoy muy ocupado. ¿Por qué no coge las drogas y voy a tratar de hacer estallar en el futuro?

-Me temo que no es tan sencillo señor, dijo Sanders. -¿Cuál es tu nombre?

-Usted me puede llamar El Doctor.

-Por favor, el nombre completo señor.

Otro recuerdo latente revivió. -Smith. Doctor John Smith. Él les miró con preocupación. -Ahora no tengo más remedio que irme.

Sanders puso una mano sobre el hombro del hombre. -John Smith, le estoy arrestando por estar en posesión de una sustancia controlada. Usted puede permanecer en silencio, todo lo que diga o haga puede ser utilizado en su contra.

El Doctor lo miró fijamente. -¿Qué significa todo esto? ¡No lo entiendo!

-Déjeme decirlo en términos simples señor, dijo Bates amablemente. - ¡Doctor, estás entre rejas!

Sam Jones se metió en el patio vacío, el descanso había terminado por ahora y se dirigió a los edificios escolares. Ella todavía puede tener tiempo para colarse en la siguiente lección, las matemáticas con el anciano. O tal vez que acababa de interrumpirlo. Su récord de asistencia seguía

siendo bastante bueno, mucho mejor que la mayoría de la gente en la escuela de la Coal Hill.

Estaba a punto de entrar cuando una voz detrás de ella, dijo, -¡Eh!

Sam abrió la boca y se dio la vuelta, con el corazón desbocado. De repente le dio miedo de que Baz hubiera conseguido llegar antes que ella y la estaba esperando en una emboscada.

Pero no fue Baz. Era un fornido y joven rubio en pantalones vaqueros y con una chaqueta deportiva. Podría haber sido uno de los alumnos de más edad, pero no lo era. Es Trev Selby, uno de los profesores más jóvenes.

-¿Qué has estado haciendo, Samantha? Trev hizo todo lo posible para parecer severo, lo cual no era fácil con su cara redonda alegre y nariz chata.

-Nada, dijo Sam. Tuve que salir durante el recreo.

-Citando las reglas de la escuela, "Los alumnos están obligados a permanecer en la escuela durante los recreos". Cualquier cosa del tipo "ir a dar una vuelta" esta estrictamente prohibida

-Yo no tenía más opciones.

-Él piensa que lo he estado delatando.

Vicky miró desconcertada.

-Informar sobre él a la policía, tradujo Trev. Se volvió hacia Sam.

-¿Por qué no te limitas a decirle que está equivocado?

-¿Nunca me creerá?

-¿Por qué no?

-Porque está en lo cierto.

-¿Qué quieres decir?

-Baz está en lo cierto, repitió Sam con paciencia.

-Lo he estado delatando.

Capítulo 2

Información Recibida

El Detective Inspector Foster aspiró hondo.

—Ahora, señor, repasémoslo de nuevo, sólo para estar seguros de que entendí todo.

Estaban en la estación de policía de Coal Hill en una pequeña sala de interrogación. La mitad del fondo del cuarto estaba pintado de azul oscuro, y la parte frontal, de un chocante y horrendo rosado. Algún psicólogo de la oficina creyó que el rosado tendría un efecto calmante en las personas.

Foster simplemente lo encontró irritante. Pero, claro, luego de veinte años en el DIC¹, encontraba casi todo irritante, aunque no se suponía que lo expresara. Grande, sólido y de rostro rudo, Foster hervía lentamente en ira reprimida, un volcán humano dentro de un traje azul con una corbata sobria.

En una mesa más pequeña, en la esquina, estaba sentado el detective de la policía² Ballard, encargado de la grabadora.

La grabadora también molestaba a Foster... Significaba que era más difícil agregar esas pequeñas mejoras a las declaraciones que hacían que las cosas fueran mucho más fáciles en la corte. Hacía preguntarse de qué lado se suponía debía estar la ley...

Igualmente, el detective Ballard enojaba a Foster. Era demasiado joven, demasiado delgado, demasiado bien vestido y demasiado bien educado. Pero lo que estaba irritando más a Foster en ese momento era el prisionero, con su cabello largo y las ropas extravagantes. Nada muy inusual para estos días. Pero había algo extraño con este prisionero en particular.

Se sentaba en la rayada mesa con un mirar vago y abstraído, como si su mente estuviera muy lejos. Había respondido a todas las preguntas de Foster respetuosa y eficazmente. Pero la historia a las que las respuestas llevaron...

—Empecemos con el asunto de su identidad —dijo Foster.

—Ya le he dicho... Puede llamarme el Doctor.

—¿Qué clase de doctor? —interrumpió Ballard— ¿En qué asegura que está usted calificado?

—En prácticamente todo.

1 (N. del T.) *Departamento de Investigación Criminal*. CID en el original en inglés: *Criminal Investigation Department*.

2(N. del T.) Aquí usaremos “detective” para *DC*, *Detective Constable*. Para futuras referencias, ése es el significado de “DC”. En Bretaña, es el segundo cargo de más importancia después de Detective Inspector.

–Su nombre –dijo Foster–. Necesitamos un nombre. Para los archivos.

–Ya le dijo eso también: Smith.

–¿Y John es su nombre de pila? –dijo Ballard.

–Es correcto. ¿Cómo lo supo?

–Sólo un tiro de suerte.

–¿Doctor John Smith?

–Así es, lo ha comprendido.

–¿Qué le parece si nos da su nombre real?

–Oh no, no podría hacer eso –dijo el Doctor, parecía conmovido.

–¿Por qué no?

–Es un secreto. Confidencial. Solían llamarme Theta Sigma en la Academia, pero era más un apodo. Siempre uso Smith cuando estoy en la Tierra.

–Muy bien –dijo Foster, entre dientes–. Nos quedaremos con Smith... por el momento –respiró hondo para calmarse–. Ahora, usted fue encontrado en un local cerrado, en el 76, Totters Lane, cerca de una obsoleta cabina de policía, que, insistió, es de su propiedad personal.

–Así es.

–¿Dónde la consiguió?

–No estoy seguro... Pero la he tenido por un largo tiempo.

–¿Qué está haciendo en *Foreman's Yard*? –demandó Ballard– ¿La llevó ahí?

–No, no –dijo el Doctor–. Fue al revés, de hecho –le sonrió a Ballard, complacido con su pequeña broma.

–¡NO IMPORTA LA MALDITA CABINA! –gritó Foster– ¡ME IMPORTA UN CUERNO...! –se interrumpió de pronto, tragó saliva, aspiró hondo de nuevo y dijo, suavemente– Dejemos la cabina de policía a un lado por ahora, señor. ¿Qué hay de esto? –le hizo un gesto a Ballard, quien le alcanzó una bolsa de plástico– Para que conste en la cinta, sostengo una bolsa plástica, que

contiene una cantidad considerable de una sustancia que creo es cocaína.
¿Esto es de su propiedad también, Doctor?

–Ciertamente, no.

–Lo encontramos en su posesión.

–La encontraron en mi mano –corrigió el Doctor–. Eso no significa que me pertenece.

Foster miró sus notas.

–De acuerdo con su historia, la bolsa estaba formalmente en posesión de un joven que, en compañía de otros más, estaban intimidando a una joven mujer. Usted intervino, hubo algún tipo de altercado, la policía llegó y los jóvenes y la mujer huyeron. La bolsa se cayó durante el alboroto, y usted la recogió... ¿justo cuando mis oficiales llegaron?

–Así es, exacto –dijo el Doctor–. ¡Bien hecho! Bueno, si esto es todo... –se puso en pie.

–¡SIÉNTESE! –bramó Foster, golpeando la mesa con su mano tan duro que el cenicero voló por los aires.

El Doctor se sentó.

–Debería vigilar esos súbitos ataques de adrenalina, Inspector. No es bueno para usted, ya sabe.

Con una voz forzosamente templada, Foster continuó.

–¿Si pudiera darnos un poco más de su invaluable tiempo, Doctor?

–¡Oh, tengo todo el tiempo del mundo! –dijo el Doctor– Soy un Señor del Tiempo, ya sabe. ¿Cómo supe eso? –se preguntó, suavemente– ¡Pero es cierto!

–El joven con las drogas –dijo Ballard–. ¿Dice que su nombre era Baz?

–Así lo llamaban los otros.

–¿Lo conocía de antes?

–Nunca lo había visto en mi vida.

–¿Y dice que este Baz soltó la bolsa durante su... altercado?

–Supongo que debió hacerlo. La recogí inmediatamente después.

Foster blandió la bolsa de plástico.

–Esta bolsa contiene drogas que valen varios miles de libras. ¿Es factible que simplemente lo fueran a dejar atrás?

–Fue un altercado bastante fuerte –murmuró el Doctor.

–Este Baz del que hablas ya nos es conocido como un narcotraficante –dijo Ballard–. Píldoras y mariguana, no mucho. Recibimos una advertencia anónima de que estaba cambiándose a drogas fuertes –

El Doctor asintió.

–Que eran de la mujer, presumiblemente. Por eso él estaba tan enojado con ella –pasó la mirada de Ballard a Foster, con sus ojos azules brillando de interés e inteligencia–. Por supuesto, lo que acaba de decir confirma mi historia.

El hombre podría estar loco como una cabra, pensó Foster, pero ciertamente no era estúpido.

–Quizá sí –dijo Ballard–. O quizás todo es parte de una historia diferente. Sabemos que Baz quería empezar con drogas fuertes. Lo que no sabemos, es quién iba a suplirlo.

El Doctor se veía horrorizado.

–Usted no puede pensar...

–¿Por qué no? –dijo Ballard– Hasta el nombre encaja. ¡Hay un montón de doctores desconfiables que están en el negocio de la droga!

–¡Yo no soy así!

Foster le dio a Smith su mirada más intimidante.

–Se lo digo así, Doctor, usted era el suplidor de Baz. Usted llegó hasta *Foreman's Yard* para hacer el trato, mis oficiales aparecieron, los otros, que conocían el vecindario, escaparon, ¡y usted quedó atrás con la bolsa!

–Es una teoría bastante buena –dijo el Doctor, con admiración–. Cubre la mayor parte de los hechos... y puedo ver porqué le resulta tan atractiva. Es mucho mejor para usted el haber capturado a un narcotraficante grande.

–¿Bien, Doctor? –preguntó Foster– ¿No fue eso lo que pasó?

–¡Demonios, no! Como dije, es una buena teoría, pero, desafortunadamente, es un disparate total –el Doctor pensó por un momento–. Les diré qué harán... Hablen con esos dos policías y vean si su reconstrucción del arresto confirma su historia o la mía. Y encuentren a la chica... Sam, le decían los otros. Vean si ella confirma mi testimonio de lo que pasó. Traigan a ese Baz y vean lo que tiene que decir.

–Yo estoy a cargo del caso, Doctor, ¡no usted! –gruñó Foster. Se inclinó hacia delante de modo amenazador– Ahora, repasemos esta historia suya otra vez...

* * *

En el salón de maestros de la escuela Coal Hill se había estado discutiendo el predicamento de Sam por algún tiempo, pero aún ni se acercaban a encontrar una solución.

–Lo que no entiendo es porqué tenías que involucrarte –dijo Trev Selby, exasperadamente–. Si te hubieras concentrado en sólo tus asuntos...

–Eran sus asuntos –dijo Vicky–. Es asunto de todo el mundo. ¿Cómo podía quedarse callada si sabía que estaban traficando drogas?

–Miren, todos saben sobre Baz. ¿Sabes cuál es el mejor consejo sobre drogas que puedes darle a un niño? Encuentra un buen traficante, uno que no venda sustancias dudosas ni te time, y te quedes con él.

–Eso es terrible, Trev... y sabes qué no lo dices en serio.

–Tiene razón de cierta forma –dijo Sam, tristemente–. Yo sabía de la marihuana de Baz y las píldoras. Me hice de la vista gorda, como todos los demás.

–Entonces, ¿qué te hizo cambiar de parecer? –preguntó Trev.

–¿Conocen a Marilyn Simms, de quinto año?

–¿La que tiene un gran... temperamento? –dijo Trev– ¿Quién no?

–¡Trev! –dijo Vicky, en advertencia.

Sam arqueó una ceja. Marilyn estaba bien desarrollada para su edad... Para cualquier edad, de hecho. Tenía cabello rubio, ojos azules y hacía lo posible por emular a su tocaya estrella de cine.

–Marilyn es una dedicada jueguista de fin de semana –dijo Sam–. Ella me dijo que Baz insistía en insinuarle que pronto estaría disponible mercancía de verdad. Marilyn no estaba interesada, ni ella es tan tonta. Pero muchos sí.

–¿De qué crees que hablaba? –preguntó Trev– ¿Cocaína? ¿Heroína?

–Tenía algo de eso con él –dijo Sam–. En una bolsa plástica –se estremeció–. Iba hacerme tomar un poco. “De inmediato te manda de viaje... y pronto quedas enganchado”... Eso fue lo que dijo.

–¿A qué parecía?

–Eran como guijarros. Piedrecillas.

–Crack –dijo Trev, sombríamente–. Retiro lo dicho, Sam. Hiciste lo correcto en llamar a la policía. Esa cosa es maligna.

–¿Qué es? –preguntó Vicky.

–Una variante de la cocaína. Viene en pequeña piezas, llamadas piedras, que fumas. El “viaje” que te hace es increíble, sólo por unos segundos, y luego aterrizas y empiezas a querer más. Una piedra sola es barata. Algunos traficantes incluso regalan la primera. Es una buena manera de hacer nuevos clientes, especialmente jóvenes.

Vicky dijo:

–Tenemos que hacer algo.

–Sé lo que yo voy a hacer –dijo Sam–. Regresaré a *Foreman’s Yard*. Ese hombre extraño me ayudó y yo sólo lo dejé atrás. Quizás aún está ahí.

–Quizás Baz aún está ahí –dijo Trev–. Mejor voy yo también.

–Te diré qué –dijo Vick–: todos iremos... Pero no ahora. Trev y yo tenemos que dar clases, Samantha, y tú tienes lecciones a las que asistir. Nos encontraremos para la hora de la comida e iremos juntos.

* * *

Baz tenía un consejo de guerra en lo que a él le gustaba pensar como su cuartel general del hampa. Debía haber sido un *pent-house* completo con piscina. De hecho, era un arruinado y deshecho apartamento, abandonado y allanado luego, en la mayor y más olvidada estatal de Coal Hill. Tenía otros apartamentos parecidos en otras carreteras cercanas. Cuando la policía invadía una, simplemente se mudaba a otra.

Este apartamento era uno de los mejores. Incluso tenía muebles, incluyendo un sofá destartado con la tapicería rota y resortes saliéndose. Mientras su pandilla lo veía, Baz se estiraba en él ahora, hablando por su teléfono móvil.

—¿Es seguro... que la mercancía sigue ahí? OK, bien. Sí, no te preocupes, iré enseguida —Baz lanzó el teléfono y se puso en pie— De acuerdo con mi fuente, las cosas siguen en la comisaría... en una mesa en la sala de interrogación.

La “fuente” de Baz era un funcionario civil de la estación, de aire manso y con un serio hábito por los tranquilizantes. A cambio de suministros gratis él mantenía informado a Baz de los movimientos de la policía. Fue él quien le había dicho a Baz sobre el chivatazo de Sam, y le había advertido sobre la intervención de los policías. El Pequeño Mickey, Pete y Mo se miraron, desesperados.

—¿Y ahora qué hacemos, pues? —preguntó Pete.

—Vamos y lo recuperamos, claro. Es nuestro, ¿no?

Mo expresó los pensamientos de todos cuando dijo:

—No podemos hacer eso. Nos cacharán si vamos.

—Nos matan si no —dijo Baz—. ¿Sabes de dónde saqué ese lote? De la pandilla de Machete Charlie, al noroeste. Lo convencí de que había mercado por aquí abajo. Lo persuadí para que me dejara tener algo... ¡a crédito! Iba a venderla, dejarme un porcentaje. Mi porcentaje es de varios miles, así que pueden imaginarse cuánto vale la mercancía —Baz miró en redondo a su pequeña pandilla—. Charlie no estará feliz si no tiene su dinero. ¿Se acuerdan porque le dicen Machete Charlie? Terminaría en pedazos, desparramado por todo Coal Hill.

Esta vez fue el Pequeño Mickey quien expresó los pensamientos leales del grupo:

—Sí, bueno, digo, es rudo y todo, Baz, muy rudo. Pero, digo, eso es sólo contigo, ¿no?

Baz esperaba esa reacción, y ya tenía su respuesta preparada.

—¡No lo creas! Los chicos de Charlie completan todo. Empezarían conmigo, y terminarían con todos ustedes... Sólo para que sirvamos de ejemplo.

—¿Qué hacemos, pues? —preguntó Pete otra vez.

–No se preocupen, tengo un plan infalible.

* * *

–¿Qué crees, Guv? –preguntó el detective Ballard

Foster bebió un trago de té.

–¿Sobre qué?

–Sobre nuestro amigo ahí dentro. Digo, tendremos que acusarlo o, eventualmente, dejarlo ir.

Foster comió la última de sus frituras y dijo, indistintamente:

–Estoy al tanto de las regulaciones policíacas, muchas gracias.

Estaban en la pequeña cantina de la estación, un cuarto pequeño lleno de mesas con cubiertas metálicas y sillas desvencijadas, con un mostrador en un extremo. Habían suspendido el interrogatorio para almorzar: huevos, frituras y frijoles y té fuerte. Realmente, no estaban llegando a ninguna parte.

El Doctor había escuchado todas sus acusaciones y teorías con interés amistoso, y se había negado a cambiar o agregar nada a su historia de ninguna manera. Ahora él estaba sentado en el cuarto de interrogación, bajo la alerta mirada de un policía, disfrutando de una buena taza de té fuerte y dulce y un emparedado de tocino. Foster no quería que ninguna acusación de brutalidad policial arruinara su caso... si es que tenía un caso.

–Está demasiado tranquilo –murmuró.

–Se comporta como si todo fuera un juego.

–Lo atrapamos con posesión de drogas, ¿verdad, Guv?

–No me las jugaría. Supón que la corte cree en su tonta historia.

–¿Quieres decir que no hay datos?

Ballard sacudió la cabeza.

–Hay muchos “docs” y doctores en la computadora, pero ninguno calza con la descripción. Y parece haber algo raro con sus huellas digitales, también...

Foster no estaba prestando atención. Había ladeado la cabeza, estaba escuchando un confuso sonido que venía de fuera del cuarto. Había estado sonando por un tiempo y se había hecho más fuerte. Ahora había gritos, voces enojadas...

–Suenan a problemas –dijo Foster, saltándose y apresurándose a la salida, con Ballard siguiéndole los talones.

Cuando salieron de la cantina encontraron la recepción llena de una torva furiosa. El gentío se esparcía hasta los escalones de la estación, con gente empujando, tratando de entrar. El aire estaba lleno de quejas enfadadas sobre hostigamiento, discriminación, brutalidad policial...

El sargento de guardia, un viejo policía pronto a retirarse, estaba gritando:

–Damas y caballeros... Si me dicen el problema, tal vez pueda ayudar.

Nadie se dio cuenta. La gritadera y los empujones continuaron.

Foster evaluó la multitud con ojo profesional.

–Parece que cada escoria del vecindario ha salido. Me pregunto qué los habrá despertado esta vez.

La pequeña estación había sido sitiada por una torva así antes, una vez, cuando un bellaco local había colapsado y muerto en su celda. El hecho de que había muerto por una mezcla letal de bebida con drogas, después de haberse enloquecido y destruido el pub local, importó poco a sus amigos y vecinos. Cuando la noticia se hizo pública, se pusieron a acusar a la policía de asesinato.

Alzando la voz por encima del estrépito, Foster gritó al acosado sargento:

–¿Qué ocurre? ¿Ha habido algún incidente?

–No que yo sepa. Todos aparecieron de una vez y empezaron a gritar.

De hecho, la enojada multitud era un gentío “rentado”... todo parte del astuto plan de Baz. Había enviado a sus chicos a reclutarlos, cada uno con un puñado de veinte libras. Para ganar el dinero, todo lo que había que hacer era llegarse a la estación de Coal Hill a la hora del almuerzo y quejarse sobre algo, cualquier cosa, tan alta y furiosamente como fuera posible. Al que se las arreglara para ser arrestado se le pagarían las multas y los veinte extra.

Habían encontrado bastantes voluntarios.

Baz y sus chicos permanecían quietos en la parte de atrás, contemplando la pequeña rebelión crecer. Se habían iniciado peleas entre la multitud y los incontables policías trataban desesperadamente de combatir para poder calmar las cosas.

Alguien lanzó una silla, rompiendo una mampara de cristal.

—Bien —dijo Baz—. Vamos adentro. Busquen en el cuarto de interrogación primero, después en la oficina de Foster. Si está en la caja fuerte, le robaremos las llaves al sargento de guardia.

Habían estado entrando y saliendo de las estaciones locales desde que eran niños, y todos conocían bien las disposiciones del pequeño edificio.

Mezclándose con la furiosa y exclamativa multitud, a punta de empujones hicieron su camino hasta dentro de la estación de policía.

* * *

En la sala de interrogación, el Doctor terminó lo que quedaba de su té y miró inquisidoramente al joven y nervioso detective.

—Parece que hay algún tipo de problema allá afuera.

El ruido había estado haciéndose más grande por un tiempo. Podían oír los rabiosos gritos y los vidrios quebrándose.

Dividido entre su deseo de ayudar y las órdenes de Foster de no quitarle los ojos de encima al Doctor, el detective permanecía indeciso.

De pronto, la puerta se abrió y un grupo de jóvenes invadieron la habitación. El detective se levantó de un salto y de inmediato fue derribado por el ataque combinado de Mo y Pete.

Ignorando al Doctor, los ojos de Baz escanearon el lugar como un radar antes de fijarse en la bolsa plástica en la esquina de la mesa, junto a la grabadora.

Se lanzó a través de la habitación, tomó la bolsa, y se dirigió a la puerta. Estaba casi allí cuando un brazo largo lo alcanzó y una mano lo agarró por el cuello, haciéndolo regresar.

El Doctor no tenía ningún interés en las drogas, pero tampoco quería que Buz las tuviera para venderlas a los niños de la localidad. Arrebatando la bolsa de la mano de Baz, lanzó a un lado al traficante y se dirigió a la puerta.

El Doctor tenía la intención de entregarse, tanto a sí mismo como a las drogas, ante las autoridades, pero en lugar de eso se encontró frente a una agitada masa que gritaba. De repente, algo lo golpeó en la frente, y un destello cegador abrasó su cabeza.

El pequeño Mikey había estado esperando en la puerta con su garrote.

El Doctor se tambaleó, pero, para el asombro de Mikey, no se cayó. Caminó vacilante fuera de la habitación, se dirigió hacia el lado contrario de la multitud y se fue tropezando por el corredor.

Atrás, en el cuarto de interrogación, Baz se puso en pie y arrastró a Mo y a Pete lejos del semi-inconsciente detective.

—El tipo raro se fue con el paquete —gritó—. ¡Tenemos que encontrarlo!

Atrapado en el gentío, Foster vio al Doctor salir tambaleándose con la bolsa plástica, seguido de cerca por Baz y la pandilla.

—Yo tenía razón —exclamó—. El Doctor estuvo involucrado todo el tiempo. Baz y los suyos planearon todo esto para rescatarlo, y ahora se van con su jefe y las drogas.

Foster y Ballard empezaron a forcejear para hacerse camino fuera de la muchedumbre.

* * *

El Doctor salió titubeante al pequeño patio. El golpe en la cabeza lo había regresado, temporalmente al menos, al momento en que la trampa del Amo³ había sido activada.

Mareado y enfermo, sabía que no pertenecía allí... y que algo lo impulsaba lejos. La puerta del patio estaba abierta, y el Doctor se lanzó a correr, aún tambaleándose.

* * *

Baz y los chicos arremetieron dentro del patio. No se veía al Doctor en ninguna parte.

–Escapó –dijo Mo, que nunca evitaba las obviedades.

–No llegará lejos –dijo el Pequeño Mikey, con entusiasmo–. Le di una buena probada del garrote.

Baz asintió con la cabeza.

–Sabemos hacia dónde va –metió la mano dentro de su chaqueta–. Esta vez estoy preparado para él. ¡Vamos!

* * *

Fue hasta un poco de tiempo después que Foster y Ballard, ambos lastimados y aporreados, lograron cojear escaleras abajo frente a la estación... Justo cuando el Detective Bates y el Detective Sanders aparcaban en el sitio.

Sanders, como era usual, estaba al volante. Se veía asombrado de la mugiente multitud dentro de la estación.

–¿Qué pasa, señor?

Foster saltó dentro del asiento trasero y Ballard hizo lo mismo por el otro lado.

–Sólo uno pequeño alboroto –dijo Foster.

–¿No deberíamos entrar a ayudar, señor?

–No. Ignóralo. ¡En marcha!

–¿Hacia dónde, señor?

Foster le dijo.

* * *

–Bueno, ahí está la cabina de la policía –dijo Sam–, pero no hay señales del hombre.

Sam, Trev y Vicky permanecían alrededor de la vieja cabina de policía en *Foreman's Yard*. Sam puso la mano en la puerta.

–Lo raro es que se siente... viva...

Trev miró alrededor al sitio abandonado.

–No hay ningún motivo para quedarnos por aquí.

–Tal vez arrestaron al pobre hombre –sugirió Vicky–. Dijiste que era un poco extraño. Si la policía lo encontró aquí, seguro pensaron que estaba involucrado.

–Entonces, mejor iré a decirles que no lo estaba –dijo Sam.

Se dio la vuelta para irse justo cuando el Doctor, aún sosteniendo la bolsa de plástico, entró oscilante al patio.

–Ahí está –susurró Sam.

Ignorándolos, el Doctor caminó hasta la puerta de la cabina policíaca y se recostó en ella por un momento. De alguna forma, parecía que la acción le daba fuerzas. Sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta.

–¿Doctor? –dijo Sam– ¿Está bien?

Él se volteó a mirarla, sus ojos azules estaban muy abiertos y parecían observar el vacío. Había una lívida marca de un lado a otro de su frente.

–Está herido –dijo Sam–. ¿Qué pasó?

–Lo siento –dijo el Doctor–. Debo irme... mal momento... mal lugar...

–¡Eh, tú! –gritó una voz desde la puerta.

Baz estaba en la entrada, con Pete, el Pequeño Mikey y Mo detrás de él.

–¿A dónde creíste que ibas con mi mercancía, Doc?

Ignorándolo, el Doctor se volteó hacia Sam.

–Adiós.

Dio un paso dentro de la cabina de policía, cerrando la puerta tras de sí. Baz se apresuró hacia allí y golpeó la puerta.

Hubo un extraño sonido, gimiente y silbante, y, de pronto, estaba golpeando la nada.

Lentamente, Baz se dio la vuelta, aturdido, igual que los otros, por la imposibilidad de la que acababan de ser testigos. Aún así, sabía mantener sus prioridades.

–Soy hombre muerto sin ese paquete –dijo, como si conversara.

Deslizó la mano dentro de su chaqueta y sacó algo. Se escuchó un clic y la larga y fina hoja de una navaja saltó de su puño.

–¡Hey! –gritó Trev, alarmado.

Baz estaba demasiado concentrado como para notarlo.

–Traje esto conmigo... Para el Doctor.

–Bueno, él se fue –dijo Sam–. Perdiste tu oportunidad.

–Ah, pero aún estás aquí –dijo Baz–. Y tú empezaste todo esto, ¿no, Sam?

La hoja de la navaja flameaba mientras él avanzaba hacia ella.

Capítulo 3 Reunión

El Doctor se tambaleó por la habitación y golpeó los controles que enviaron a la TARDIS a toda velocidad por el vórtice espacio-temporal. Por un momento se inclinó fuertemente sobre la consola, sacando fuerzas de su vibración. Tenía una extraña sensación de déjà vu. Una vez más, los últimos acontecimientos parecían confusos, irrelevantes. Él tenía una abrumadora sensación de que algún modo se había perdido una conexión vital.

- Lugar correcto, coordenadas temporales incorrectas.- Murmuró.

Sus manos se movían a través de los controles, y por un momento se quedó mirando el aumento constante de la columna central y su caída. Luego dio media vuelta y se hundió con cansancio en un sillón. Poco a poco, comenzó a cabecear y cerró los ojos.

El Doctor soñó.

Él estaba en el mismo lugar, la misma sala de control, pero todo era diferente. Vio a un hombre viejo de pelo blanco, con una nariz aguileña, hablando con un hombre joven y una mujer y una niña de pelo oscuro. El anciano estaba enfadado...

El anciano era él.

El Doctor se despertó y descubrió que estaba enojado también, su corazón latía con fuerza. Se frotó los ojos y vio que la columna central había dejado su ascenso y caída. La TARDIS había llegado a alguna parte. Era hora de irse.

Tocó el control que le abrió las puertas de la TARDIS y salió fuera.

Estaba de pie en el borde de un bosque denso, con vistas sobre una llanura desolada y pedregosa, cubierta de grandes rocas. A lo lejos, abajo, faldas rocosas fusionadas con montañas escarpadas. El viento aullaba tristemente sobre la llanura.

Mirando a su alrededor, el Doctor de repente sintió una especie de tirón en su mente. Dio media vuelta y entró en el bosque.

Estaba oscuro entre los árboles, oscuro y opresivo, con una sensación de terror melancólico. Sus pies encontraron un camino estrecho y siguió adelante, dejando a un lado las ramas y las hojas que rozaban con su rostro.

Hizo una pausa por un momento, examinando la exuberante vegetación a su alrededor, y luego se quitó una ramita y estudió las densas hojas verdes.

- Paleolítico.- Murmuró.- En alguna parte alrededor del 100.000 AC, probablemente. Saber, ¿cómo lo sé? ¿Y por qué estoy utilizando la terminología científica de la Tierra?

Se encogió de hombros y siguió adelante. En algún lugar delante de él se oía el sonido del agua corriente y empezó a sentir una mayor sensación de urgencia.

De repente se dio cuenta de que algo terrible iba a suceder, algo que tenía que evitar.

De pronto se oyó a un hombre gritando de rabia y dolor. El sonido fue seguido por el grito de una mujer y luego por el rugido de una bestia enfurecida.

Una bestia grande y amarilla se estrelló al salir contra los árboles delante de él y corrió, tan cerca que podía sentir el calor abrasador de su enorme cuerpo y el olor, su olor a humedad. Captó una rápida visión de la forma como de un gato, con largos colmillos que sobresalían, ya que brillaron al pasar, y vio la cabeza de hacha de piedra incrustado en su cara.

- Tigre de dientes de sable.- Murmuró.- Buen espécimen. De hecho, el pobre no va a sobrevivir esa herida.

Los sonidos del tigre al huir se desvanecieron y el Doctor siguió su camino.

De pronto llegó al borde de un claro, y vio a seis personas. Se quedó mirándolos desde las sombras. En el centro del claro había una fornida figura cubierta de sangre con una niña llorando de rodillas a su lado. Ambos vestían prendas de piel hechas toscamente y tenían el pelo largo y enmarañado.

Ambos, percibió el Doctor, se encontraban en el momento oportuno y el lugar correcto, una parte natural de este entorno salvaje.

Los otros, los cuatro más incongruentes, era la gente de sueño del Doctor. El joven y la joven se arrodillaban junto al salvaje herido, lavando la sangre de los tajos profundos en su brazo y su hombro, miró con suspicacia la muchacha vestida de pieles. El anciano de pelo blanco y la joven miraban.

Estos cuatro eran los viajeros del tiempo, el Doctor se dio cuenta, los viajeros del tiempo como él. Comenzaron a discutir entre ellos. El anciano trataba de señalar a la joven, pero ella se resistía, volviéndose hacia los demás.

El Doctor estaba todavía demasiado lejos para oír lo que decían, pero estaba perfectamente claro lo que estaban discutiendo. El viejo quería abandonar al salvaje herido a su suerte. Los otros estaban decididos a quedarse y a ayudarlo.

La mayoría ganó y el anciano se alejó con disgusto mientras lavaban las heridas del salvaje y luego se dedicaban a improvisar una camilla.

El Doctor se acercó, de alguna manera dibujada por el rígido anciano, la forma furiosa, sintió las pasiones que ardieron en su interior. Podía entenderlas, como si fueran las suyas propias. Y entonces se dio cuenta...eran las suyas propias.

Sintió el impulso de la inundación de una furia asesina en la mente del anciano, lo vio avanzar hacia una piedra irregular que yacía en el suelo cercano.

Absortos en la tarea de improvisar una camilla, nadie pareció darse cuenta cuando el anciano cogió la piedra y enfiló hacia el salvaje herido.

- ¡No! -gritó el Doctor, corriendo hacia el claro.

Mientras corría el aire parecía temblar a su alrededor. Alcanzó al viejo en el momento en que él levantó la piedra...

- ¡No! -gritó el Doctor otra vez.

El anciano se dio media vuelta y se quedó inmóvil.

Ambos permanecieron inmóviles, uno frente al otro por un momento, y sus mentes se tocaron.

Los recuerdos inundaron la mente del Doctor. Los recuerdos de su infancia, de su madre, sonriente, de su padre que lo sostenía para ver las estrellas.

Los recuerdos de la escuela, de la Academia, de hacer novillos para beber con los Shobogans, para visitar a un viejo ermitaño que vivía en una montaña neblinosa.

Los recuerdos de la vida pública y de su ascenso en las filas de los Señores del Tiempo.

De repente, estaba en la sala del Consejo de Gallifrey, vistiendo los trajes de cuello alto de color naranja y escarlata del Capítulo Prydonian, su voz se alzó airadamente contra sus compañeros miembros del Consejo.

Estaba caminando por los largos pasillos de mármol del Capitolio, todavía hirviendo de ira. Se levantó en una cámara acorazada, muy por debajo del Capitolio, la apertura de la puerta de una TARDIS obsoleta, Tipo de cuarenta que funcionaba de forma errática. Oyó la voz de una joven: "Abuelo, espera, me voy contigo..."

Estos y otros innumerables recuerdos pasaron por la mente del Doctor, y luego el rumbo de los recuerdos retrocedió y se encontró de nuevo en el claro de la selva.

El anciano lo miraba incrédulo.

- ¿Quién eres tú?

- Yo soy el Doctor.

- Tonterías.- replicó el viejo.- Yo soy el Doctor.

- Tú eres el primer Doctor.- corrigió el Doctor.- Sé todo acerca de ti, ahora.

El anciano lo miró enfadado y el Doctor sintió la feroz presión de la voluntad del otro martillando en las barreras de su mente.

-¡Buen dolor! Siete regeneraciones... ¡Yo soy el primer Doctor, y tu eres el octavo! Puedo decir mucho, pero no más. No tengo acceso a tus recuerdos.- Miró con indignación al Doctor. "¿Por qué sellas tu mente en contra mi?"

- No por mi elección, te lo aseguro. Mi pasado es un libro cerrado para mí. Hasta que nos conocimos, yo tenía muy pocos recuerdos de todos. Ahora sé lo que tu sabes, pero no más.

- Entonces sabes mucho más que la mayoría.- le espetó el anciano.
¿Quién te hizo esto?

- Esa es una de las muchas cosas que todavía no se.

- Bueno, es bastante obvio lo que debes hacer. Debes encontrar tus otros yoes, los seis. Van a restaurar la mayoría de las lagunas en tu memoria, igual que yo. Aunque sólo hasta el momento de sus vidas en que ellos se encuentren, por supuesto.-Consideró el viejo.- ¡Por supuesto, cada vez que te encuentres un nuevo yo, obtendrás los recuerdos que quedan del anterior! Con la mayoría de los huecos rellenos, los obstáculos que aún queden empezarán a desmoronarse y con el tiempo se hará de nuevo.

- Espero que funcione.

- Claro que tengo razón, invariablemente la tengo. Sin duda, es por eso que viniste, el porqué se les permitió llegar. Bueno, vete, antes de que estalle la burbuja de tiempo y ve a los demás.

- ¿Burbuja de tiempo?

El Doctor miró al grupo de trabajo sobre la camilla y se dio cuenta por primera vez que estaban congelados, sin moverse.

- Estado de estasis temporal. El efecto capricho de cruzar las corrientes del tiempo. No va a durar para siempre, así que más vale estar en camino.

- Todavía no.- dijo el Doctor. Tengo algo que decirte primero.

- ¿Ah, sí? ¿Qué?

- ¡Acerca de eso! - El Doctor señaló la roca afilada que todavía sujetaba en la mano el anciano.- Cuando llegué se estaba contemplando un asesinato a sangre fría.

- ¡No sabes lo que había en mi mente!

- Te olvidas de lo que hago. También es mi mente.

- No interfiera en lo que no le importa, joven.

- ¿Puede haber algo me preocupe más? No te olvides, que al final llevarás el pecado de tu crimen.

- En estos momentos estamos siendo perseguidos por el resto de la tribu salvaje.- dijo el Primer Doctor furioso.- Si no conseguimos volver a la nave antes de que nos atrapen, sin duda nos van a matar. En lugar de dejar que se muera, cosa que puede hacer aquí, así como en otros lugares. Estos tontos sentimentales quieren curarlo y llevarlo con nosotros, con la consiguiente e inevitable captura y muerte de todos nosotros.

- ¿Y tienes una idea mejor?

- Puedo ver una manera de deshacerse del problema.

- ¿Y el fin justifica los medios?

- En este caso, sí. Las vidas de tres personas inocentes y...

- ¿Y un señor del tiempo de Gallifrey?- El Doctor sonrió.

- ¡Precisamente!

- Está todavía en ti, ¿no?- Dijo el Doctor.

- ¿Él que?

- La arrogancia despiadada que ha sido la maldición de la carrera de los Señores del Tiempo. Nada nos debe poner en peligro, nada debe interponerse en nuestro camino. ¡Y si la vida de los seres inferiores tiene que ser sacrificados, que así sea!

- ¿Cómo se atreve usted toma ese tono conmigo ¿

- Calla y escucha.- Dijo el Doctor severamente -. Yo soy más viejo y más sabio que tú. Mis recuerdos pueden haberse ido, pero mi moral, al menos se mantiene intacta. Te fuiste de Gallifrey en un ataque de resentimiento, y en una TARDIS robada, cuando tus colegas en el Consejo Superior se negaron a tolerar tu arrogancia. Te llevaste a Susan egoístamente contigo porque consideraste que podría ser muy agradable tener su compañía, sin tener en cuenta lo que la partida podría significar para ella.

- ¡Tienes la insolencia de acusarme!

- Te acuso de hacer estas cosas porque ahora sé que hice esas cosas.- Dijo el Doctor con tristeza.- Sean cuales sean tus motivos, mucho bien puede venir de tu partida de Gallifrey. Sin embargo, trata de aprender un poco de humildad. Y recuerda que no se puede luchar contra el mal con los métodos del mal. El fin nunca justifica los medios.

El aire brillaba sobre ellos, se volvió y se alejó hacia el bosque.

Ian, el joven dio un salto y agarró la muñeca del Primer Doctor.

- ¿Qué estás haciendo, Doctor?

- Suéltame.- dijo el anciano.- Iba a pedirle que hiciera algún tipo de mapa en el suelo que nos muestre el camino de regreso a la TARDIS.- Era una excusa muy débil, pero todo a lo que podía llegar en su agitada condición.

Ian tomó la piedra de la mano del anciano y lo arrojó lejos.

- Es una buena idea, Doctor, pero no creo que él esté en un estado adecuado para dibujar los mapas. Será mejor que nos vayamos.

Mientras luchaban por el bosque llevando el salvaje herido, el Doctor estaba silencioso y abstraído.

- ¿Estás bien, Doctor?- preguntó Ian.- Casi esperaba alguna respuesta cortante, pero la respuesta del anciano fue sorprendentemente suave.

- ¿Qué? Oh, sí, sí, gracias, joven. Es sólo que de repente tengo mucho en que pensar...

Concienzudamente como siempre, la presidenta Flavia estaba trabajando en su escritorio. Un escritorio repleto de todo, desde fichas de datos de alta tecnología hasta rollos de pergamino antiguo.

Por supuesto no era la misma Flavia que se había lanzado a la presidencia cuando Borusa desapareció y el Doctor huyó, otra vez, después del asunto de la Zona de la Muerte. O, más bien era y no era.

Al igual que el Doctor, Flavia había sufrido varias regeneraciones desde entonces. En la vorágine de la política Gallifreyana, había sido depuesta de la Presidencia y posteriormente relegada. Ahora, en su última regeneración fue Presidenta de Gallifrey una vez más, elegida esta vez por su propio derecho.

A diferencia del Doctor, en cuyas diversas encarnaciones siempre variado enormemente su apariencia, Flavia había conservado en gran parte el mismo aspecto general a través de todas sus regeneraciones. Ahora, como antes, era una mujer pequeña, aparentemente de aspecto inofensivo, con un cerebro político brillante y una voluntad inmensamente fuerte.

Alzó la vista y vio a su secretario, un rosado y ansioso joven Señor Tiempo llamado Tarin, se deslizó con deferencia a su oficina, ella lo miró a través del montón de pergaminos, papeles y micrograbaciones que cubría su escritorio.

- He dicho que no me interrumpen...

- Mis disculpas, señora Presidenta. Su presencia es solicitada con urgencia en la sala del control temporal. Parece que hay una emergencia.

- ¿No pueden hacerle frente ellos mismos?

- Al parecer no, señora Presidenta. Además es que...

- ¿Y bien?

- Esta emergencia en particular parece tener relación con el Doctor.

- Sí.- Dijo la presidenta Flavia, pensativa- ¡Suele pasar!

Sigilosamente contenta de la interrupción, se levantó de detrás de su escritorio y se dirigió hacia la puerta. Le seguía Tarin unos pasos más atrás. Al pasar por la elaborada puerta en forma de arco, cinco hombres fuertes y jóvenes dentro de los uniformes de la Guardia de la Cancillería rojos y dorados llamaron su atención y se colocaron delante. Resonaban los pasos de la pequeña procesión al andar por los largos pasillos de mármol del Capitolio. Marchando por delante el oficial a cargo gritaba: "¡Abran paso a la Señora Presidenta!"

A veces, Flavia se preguntaba si no había alguna forma más sencilla de ir alrededor.

En la vasta sala de control temporal había un aire de pánico moderado. Los técnicos se pusieron firmes cuando la Presidenta Flavia pasó entre el silencioso zumbido de los bancos de instrumentos.

Fue hacia lo que parecía ser el centro de la crisis - un agitado grupo de Señores del Tiempo agrupados en torno a la enorme pantalla del monitor. Cuando se acercó, Volnar Jefe Técnico Temporal se volvió y se inclinó:

- ¡Señora Presidenta! Que amable de su parte por venir. Tal vez no debí haberla molestado, pero por otra parte, dadas las circunstancias extremadamente raras, y puesto que sé que tiene un interés especial en el Doctor...

Volnar era un pequeño, gordito y nervioso Señor del Tiempo y más nervioso que estaba, y más charlaba.

-¡Volnar!- Dijo Flavia, cortando a través del flujo.

- ¿Señora Presidenta? - Volnar saltó.

- Estoy aquí. Dime el problema. En pocas palabras. ¿Qué ha hecho ahora el Doctor?

- Mejor, tal vez, si te lo muestro, señora Presidenta.- Tocó un control y una masa de ecuaciones complejas cubrió la pantalla del monitor.- Aquí.

- ¿Este galimatías temporal se supone que me tiene que transmitir algo?- Flavia lo miró con desaprobación.

- Permítame simplificar, señora Presidenta.

Volnar ajustó los controles, la pantalla del monitor se aclaró y apareció una línea larga y brillante. Puntos de luz pulsante divididos en ocho segmentos de longitud variable.

Siete de los segmentos eran azules, el octavo de un rojo vibrante.

Era notable que el segmento de la izquierda fuera muy largo, mientras que el segmento rojo de la derecha, la actual, fuera muy breve.

- Este representa el estado actual de la corriente del tiempo del Doctor, señora Presidenta.- Volnar se aclaró la garganta. Simbólicamente representada, por supuesto.

- Puedo seguir un simple tempógrafo, Jefe Técnico. Por favor, continúe.

- Lo que parece haber ocurrido es esto...- Volnar tocó otro control.

El segmento rojo en el extremo de la línea se curvó alrededor hasta que tocó el primer segmento azul de alguna manera a lo largo. Hubo un breve pulso de luz, como las dos líneas tocándose.

De repente, el segmento rojo se separó del primer segmento azul y comenzó a moverse hacia el segundo.

- Lo que esto quiere decir, señora Presidenta ...- comenzó Volnar.

-... Es que el Doctor ha hecho un breve contacto con su ser primero, ¿y al parecer se propone hacer lo mismo con el segundo?

- Precisamente, señora Presidenta.

- ¿Por qué hace esto?- Flavia frunció el ceño.

- ¿Quién puede decir?- Volnar extendió las manos.

- Los motivos del Doctor son a menudo enigmáticos. Pero esto parece excéntrico, incluso para él.

- Hablando como un humilde Técnico Temporal, la verdadera pregunta no es tanto por qué.- dijo aullando Volnar.- En circunstancias normales, cruzar la actividad temporal así está estrictamente prohibida por las leyes del tiempo. No sólo está prohibido, sino que también es imposible. Sin duda en un Modelo Cuarenta anticuado.

- Las habilidades del Doctor son a menudo sorprendentes.- dijo Flavia.- Debemos recordar que él ha participado ya en una actividad de cruce temporal tres veces. Una vez, a petición nuestra, para hacer frente a la crisis de Omega, una vez más cuando se vio envuelto en el Juego de Rassilon, y una vez cuando a su sexto se le permitió ir al rescate de su segundo. Tal vez él, o su TARDIS, han desarrollado algunas... "Capacidades".

- En las ocasiones en que usted se refiere, señora Presidenta.- Volnar se mostró escéptico.- el Doctor contaba con el apoyo, o por lo menos con el consentimiento tácito, de Control Temporal, aquí en Gallifrey. Incluso en el Juego de Rassilon, nuestro poder estuvo involucrado, ya que era mal usado. ¡Pero esto! ¡Esta actividad se ha producido sin ninguna autorización!

Un Señor del Tiempo, alto y de rostro delgado, vestido en la túnica verde de la Sección Arcaliana, dio un paso al frente.

—Ciertamente, *Madame* Presidenta, la pregunta importante no es porqué o cómo, sino qué. ¿Qué debemos nosotros, los del Gran Concejo, hacer para contener a este criminal?

Flavia lo miró pensativa.

—Debo aconsejarle que modere su lenguaje, Concejal Ryoth. El Doctor no es un criminal. Aunque ha estado constantemente en desacuerdo con el Gran Concejo, él ha, en ocasiones, servido, aunque brevemente, como su Presidente.

—No todos en el Gran Concejo tienen una opinión tan indulgente, *Madame* Presidenta. Hay algunos que, como yo, sienten que el Doctor es un renegado peligroso.

—El Doctor sólo es peligroso para los enemigos de Gallifrey —soltó Flavia—. Sus métodos, aunque poco convencionales, son usualmente benéficos en sus efectos. Por otra parte, debemos recordar que ha regenerado hace poco... y las nuevas regeneraciones son frecuentemente inestables —ignorando a Ryoth, se volteó hacia Volnar—. Quiero mantener esta situación bajo el más

estricto escrutinio. Observará el flujo temporal del Doctor, pero, por el momento, no intentará interferir. ¿Está claro?

Volnar inclinó la cabeza.

—*Madame* Presidenta.

Hubo un murmullo general de asentimiento.

Los ojos de Flavia examinaron el grupo, finalmente fijándolos en Ryoth.

—¿Es unánime?

Los ojos de Ryoth cayeron e inclinó la cabeza.

Flavia asintió con la suya, se dio la vuelta y se alejó, con Tarin y sus guardas se alineándose detrás de ella.

Mientras ella dejaba la sala de control temporal, casi podía sentir los ojos abrasadores de Ryoth en la espalda.

De vuelta en su oficina, encontró una corpulenta figura de hombros anchos y ropas sencillas aguardándola. Su casco del uniforme enmarcaba un rostro curtido con una mandíbula de piedra.

Este era el Castellano Spandrell, el equivalente del Capitolio al Jefe de Policía. Era un viejo amigo de Flavia, y un conocido del Doctor también.

Como Flavia, él había preservado bastante su temperamento y apariencia a través de múltiples regeneraciones, y alguna vez, también, estuvo a cargo del mismo puesto que ella. Él se veía más joven que la última vez que se había encontrado con el Doctor, pero aún parecía lo que había sido: la versión gallifriana de un policía rudo.

El Castellano Spandrell dio un saludo breve con la cabeza a la Presidenta Flavia. Ninguno de los dos gustaba de grandes ceremonias.

—Quería verla por...

—No importa por qué cosa viniste a verme, ¿qué tienes del Concejal Ryoth?

Inmediatamente, Spandrell se movió hacia el borne terminal y escribió un código secreto de seguridad. La cara de Ryoth apareció en la pantalla, seguida de un chorro de información que Spandrell estudió con ojo profesional.

—Un conspirador político de poca monta, básicamente. Se sospechan conexiones con Goth y Borusa en regeneraciones anteriores. Ligeramente implicado con el Comité de los Tres, pero tan poco fue que no valía la pena el acusarlo. ¿Por qué tanto interés?

–El Doctor parece estar en algún tipo de embuste temporal....

Spandrell gimió.

–Algo tenía entendido de que él estaba involucrado eso.

Él estaba encariñado con el Doctor a su manera, pero lo asociaba con problemas.

–¿En dónde entra Ryoth?

–Parece estar dispuesto a causarle la mayor cantidad de problemas posibles al Doctor –Spandrell movió una mano enorme a la pantalla–. No sorprende, ¿verdad? Ha estado al margen de tres grandes conspiraciones, cada una de ellas boicoteada por el Doctor.

–¿Es peligroso?

–¿Ryoth? No lo creo –Spandrell revisó el resto de la información–. Excepto...

Flavia alzó la vista.

–¿Excepto qué?

–Hay rumores de relaciones con la Agencia.

La Agencia de Intervención Celestial había sido organizada, en un principio, para tratar con los asuntos peligrosos y desagradables a los que los Señores del Tiempo no daban importancia suficiente como para ensuciarse las manos con ellos. Como otras tantas organizaciones secretas, eventualmente se había convertido en un poder por sí misma, una implacable fuerza invisible en los asuntos de Señores del Tiempo.

Flavia asintió.

–Ya veo. Supongo que no hay caso en preguntarte qué tienes de la Agencia.

El Castellano Spandrell meneó al cabeza.

–Estoy mucho más preocupado sobre lo que ellos tienen de mí.

En su oficina privada, el Concejal Ryoth tenía una pequeña reunión política de la videocámara.

–Concuerdo bastante, Concejal Ortan, la actitud de la Presidenta es deplorablemente débil. Pero no se preocupe, algunos de nosotros vigilamos la

situación. Una acusación es un asunto serio, lo sé, pero si llegamos a eso... – bajó la voz– Con el debido respeto a las sensibilidades femeninas de *Madame* Presidenta, ella no debería dejar que sus relaciones personales hicieran peligrar Gallifrey.

Complacido en esta escandalosa calumnia sexista, Ryoth apagó la videocámara. Ortan era un viejo tonto y cuentero, pero tenía muchos amigos influyentes. Si él pudiera iniciar una marejada con la opinión de que Flavia le mostraba al Doctor un favoritismo indebido... Era políticamente peligroso (Flavia lo quebraría a él si se enteraba), pero en total valía el riesgo.

Ryoth se sentó en silencio por un momento, considerando su siguiente movimiento. Entonces se dirigió hacia el pequeño santuario interior que llevaba fuera de su oficina principal, cerrando la puerta detrás de sí. Abrió un armario oculto, revelando un comunicador de audio, y tocó sus controles.

–Con el Director, por favor.

Como con su misterioso y todopoderoso Director, y sus cohortes de agentes, la Agencia tenía una inmensa red de informantes de poca monta. Ryoth, como Spandrell sospechaba, era uno de ellos.

Entre las tareas de estos informantes, quienes eran recompensados con créditos y favores políticos, estaba el reportar cualquier cosa que podría interesar a la Agencia.

Una voz metálica vino del comunicador.

–Reporte.

Ryoth nunca sabía si le hablaba a un hombre o a una máquina.

No quería saber, tampoco.

–Me topé con algo interesante en el Control Temporal –dijo–. Algo concerniente al Doctor....

CAPÍTULO 4

LA LEGIÓN PERDIDA.

La TARDIS se materializó.

La puerta se abrió y el Doctor salió. Se quedó por un momento, observando la escena delante de él.

Estaba en la cima de una colina empinada. Debajo de él había un valle largo y ancho, a través del cual serpenteaba un río ancho y ondulante.

A su espalda, y a ambos lados como en láminas, colinas cubiertas de brezo, que se extendía hasta las montañas lejanas.

Aquí y allá, los bancos de niebla se aferraban a las cimas de las montañas.

El Doctor consideró que hacer.

La TARDIS le había traído hasta aquí, al igual que lo había llevado a la chatarrería y a la selva. Era de suponer que su otro yo, su próxima regeneración estaba en algún lugar cercano. Lo lógico era ir a buscarlo.

Y allí, a sus pies había un camino de páramos, que conducía a un estrecho valle entre dos colinas bajas.

Mientras caminaba a paso ligero el Doctor reflexionó que volver sobre sus propios pasos a través del tiempo podría ser más bien un asunto peligroso. Nublado, aunque muchos de sus recuerdos aún estaban, algo le decía que había vivido vidas extremadamente azarosas.

¿Qué dijo el anciano de la selva? ¡Siete regeneraciones y seis otros yo aún no se cumplen! Tantas vidas, tantas aventuras, tantos amigos, y enemigos, todos olvidados, todos perdidos para él.

Sin embargo, él sabía quién y lo que era ahora.

Un Señor del Tiempo de Gallifrey.

¿Un Señor del Tiempo fugitivo, tal vez?

Sin duda así fue el Primero

Doctor había pensado en sí mismo.

El Doctor movió la cabeza como si tratara de sacudir los recuerdos en su vida. ¿Cómo se había tomado su pueblo su desertión? ¿Lo habían ignorado? ¿O estaban intentando cazarlo enfadados? No se sentía como un fugitivo.

¿Tal vez haya habido algún tipo de reconciliación? Muchas cosas pueden pasar en media docena de vidas.

Dibujando en respiraciones profundas de aire fresco y limpio, el Doctor se dijo que por una vez el juego le había llevado a algún lugar tranquilo y agradable.

Había una calidad superior, fresca, virgen en este paisaje abierto, móvil, una impoluta, pre-industrial, una especie de sentimiento de amanecer-en-el-tiempo.

Entonces oyó el sonido de cascos de caballos y el ruido de marcha de pies. Una tropa de soldados apareció en el valle. Por delante llegó un abanderado, llevando un palo largo que llevaba la imagen de una feroz águila real. Debajo del águila había las iniciales SPQR.

Detrás del estandarte había un carro, tirado por dos caballos cansados. Un oficial marchaba al lado del carro, y detrás de él marchaban cansadas filas de hombres armados. Llevaban corazas y cascos con crestas de pelo de caballo. Llevaban escudos cuadrados, jabalinas y espadas cortas.

Los romanos, pensó el Doctor, y de inmediato se preguntó cómo lo sabía. Dio un paso hacia delante, levantando la mano en señal de saludo. "¡Ave!"

Sorprendido, el oficial levantó la mano. "¡Alto!"

El cochero tiró de las riendas de los caballos, y las filas de soldados que marchaban se detuvieron. Cansados como estaban, no hicieron ningún intento de romper filas. Estaban alerta, empuñando las espadas y lanzas, esperando órdenes.

El oficial estudió al Doctor con cautela y decidió que un hombre solo y desarmado, no presentaba ninguna amenaza. Por otra parte, este hombre, extrañamente vestido tenía un aire de civilización, incluso de rango. Extendiendo su brazo a través de su coraza dorada a modo de saludo, el oficial habló.

- ¡Salve! Soy Pertinax Máximo, centurión de la Novena

El Doctor le devolvió el saludo.

- ¡Salve! - dijo de nuevo. -Me llaman el Doctor.

- ¿Es usted ciudadano romano, Doctor?

- He aquí, yo soy.- se escuchó el Doctor respondiendo. - Soy un legado imperial en una gira de inspección.

- ¡Compañía General saluden!- El centurión se volvió hacia sus hombres.

Sus espadas chocaron en sus corazas con una precisión bien entrenada.

Afortunadamente, el Doctor se dio cuenta, su mente extraordinaria había lanzado de alguna manera, precisamente, lo que había que decir. ¿Había sido alguna un ciudadano romano? Tal vez sí.

Devolvió el saludo.

- Con su permiso, legado.- dijo Pertinax.- Voy a hacer que los hombres descansen durante unos minutos. Ellos han tenido una larga marcha después de una dura batalla.

El Doctor asintió.

- Diez minutos, no más. Comisario coja el pan y los higos y las botas de vino. Un puñado de comida y una taza de vino por cada hombre.- El centurión rugió. Se volvió hacia el Doctor.- ¿Puedo ofreceros un refrigerio, legado? Sólo comida de soldado, me temo.

- Será muy bienvenida.- dijo el Doctor, de repente se dio cuenta de que estaba bastante hambriento en realidad.- Me parece haber extraviado mis siervos y mi equipaje.

- Lo mismo nos pasa a nosotros, señor-dijo el centurión.- Hemos perdido el contacto con la cohorte principal hace algún tiempo. Estamos tratando de reunirnos con ellos ahora. Es la niebla y estos montes malditos. Todo se ve igual.

Un soldado trajo la comida y el vino, y el Doctor y el Centurión estaban sentados un poco aparte del resto. Detrás de ellos, los hombres se dividieron en grupos pequeños. Los centinelas se colocaron y el Doctor se dio cuenta de que incluso mientras comían el pan duro y los higos y bebían su vino, los hombres se mantuvieron alerta, con los ojos mirando continuamente a su alrededor.

El Doctor masticaba un puñado de higos secos, lavándolos con un trago de vino tinto áspero.

- Mala cosa, me temo- dijo el centurión.- Lo que yo daría por una frasca de vino de Falerno en la parte trasera de la vieja taberna de Lurcio en Roma ...

- ¿Cuánto tiempo llevas por aquí?'

- Parece que desde siempre, para ser honesto. Un día es tan parecido a otro, se pierde la pista.

- ¿Y cómo van las cosas?

El centurión bebió otro trago de vino antes de responder, y luego dio al Doctor una mirada rápida y preocupada.

- Está bien, Centurión.- dijo el Doctor en voz baja.- Por eso he sido enviado aquí, para averiguar lo que realmente está pasando. El emperador necesita saber la verdad. Él sospecha que algunos de los generales no le están dando una visión completa.

- No me sorprendería ni un poco, señor.- murmuró el centurión.

-Bueno ¿entonces?

Para ser honesto, Legado, es...confuso. Marchamos, luchamos, marchamos de nuevo, nos peleamos un poco más. Bien, así es la vida de un soldado. Sin embargo,...

- ¿Pero?- le alentó el Doctor.

- Nunca parece que lleguemos a ninguna parte. A veces hay pequeñas escaramuzas locales, como ahora, y a veces nos unimos a otras legiones, y libramos una batalla propia. Pero nada cambia. Mantenemos víctimas, llegan refuerzos de alguna parte, pero parecen tan confundidos como nosotros. Nunca hay licencia, nunca ninguna noticia de su casa...

- ¿Los generales no lo mantienen informado sobre la campaña?

- Casi nunca los veo, señor. Uno de ellos aparece una y otra vez, cabalgando bonito un caballo blanco y ordena un nuevo ataque...

Los muchachos calculan que todos ellos viven en una villa de lujo en algún lugar, comen lenguas de alondra, se emborrachan con vino de Falerno y planifican alguna batalla entre orgías.

Ahora que había empezado, el centurión parecía con ganas de hablar. El Doctor sintió que debía ser su primer relevo desde hacía algún tiempo en la soledad proverbial del mando.

- Luego está el enemigo, parecen seguir... cambiando. A veces son los pictos, peludos y pequeños mendigos que por lo general atacan por la noche. A veces es un ejército a gran escala, los galos o los alemanes, soldados reales con la caballería y todo. Pero en realidad nunca parecen ganar o perder, que quieran llegar a eso. Simplemente seguimos luchando.- Hizo una pausa.- Y pasan cosas extrañas...

- ¿Por ejemplo?

- De vez en cuando nos encontramos con pequeños grupos de hombres extrañamente vestidos. Algunos tienen armas que suenan como truenos y matan desde muy lejos.

- ¿No os atacan?

- No siempre. Algunos de ellos quieren hablar, cosas raras acerca de la resistencia y de que la guerra es todo un juego. Les hablo a los hombres para alejarlos. No puede haber un motín, ¿verdad?- El centurión bajó la voz.- El otro día, no lejos de aquí nos encontramos con este carro grande, supongo que se le llama así, sentado en la carretera, con un grupo de personas de aspecto extraño de pie a su alrededor. Sólo había un puñado de ellos y calculamos que el carro podría estar lleno de suministros del enemigo, así que atacamos.

- ¿Qué pasó?

- Los extranjeros.- El centurión bajó la voz.- saltaron atrás dentro del carro y este se alejó, de nuevo en la niebla ¡Todo por sí mismo! ¡No hay

caballos, nadie empuja, nada, y una vez que estaba en la niebla, además, desapareció!

- ¿Quieres decir que lo perdiste de vista?

- No, en realidad desapareció. Sólo... se desvaneció.

El Doctor pensó por un momento: -¿Me puedes decir algo más acerca de este carro?

- En realidad, no. Solo una cosa grande, cuadrada. ¡Oh, que tenía algún tipo de símbolo religioso pintado en el lateral.

- ¿Qué tipo de símbolo?

- Ese culto malhumorado que se extiende de nuevo en Roma. El que el emperador estaba tan abajo en. ¿Cómo se llamaban Cristoes, Cristies, algo así.

- Cristianos.- dijo el Doctor. ¿Quieres decir que había una cruz en el carro?

- Correcto. Una cruz roja en el lateral.- De repente, el centurión le agarró el brazo al Doctor.- ¿Sabes lo que está pasando, Legado? ¡Algo, por Mitra! ¡Esto no es una guerra normal!

- Creo que tienes razón. - Suavemente el Doctor se liberó.- Y me temo que no sé lo que está pasando, pero tengo la intención de averiguarlo. Ahora será mejor que siga mi camino.

El centurión se puso de pie y ayudó al Doctor a subir. De repente sus maneras se convirtieron en formales, como si se arrepintiera de haber hablado con tanta libertad. Alzó la voz. "¡Compañía, prepárense para marchar!

Los hombres comenzaron a formar filas.

- ¿Dónde fue exactamente que viste ese carro?-preguntó el Doctor de modo casual.

- Arriba de ese camino, señor, allá en las montañas.- El centurión señaló. Inspeccionó las filas recién formadas. ¡Compañía, saluden!

Una vez más, las espadas y las lanzas chocaron a través del bronce de las corazas.

- ¡Salve y adiós, Legado.- El centurión se volvió hacia el Doctor.

- ¡Salve y adiós!.- dijo el Doctor solemnemente.

Maltrecha y cansada de la batalla, pero aún disciplinada e indomable, la pequeña compañía de soldados romanos se retiró.

Esponáneamente, otra expresión romana vino a la mente del Doctor, cuando los vio marchar: "Los que van a morir te saludan".

Se dio la vuelta y se alejó por el camino.

Cuando el Doctor siguió el camino hacia las colinas, pensó en lo que el centurión había dicho. Esto no era ciertamente una guerra normal.

No con las armas de percusión y los vehículos de combustión interna que interactúan con los legionarios romanos.

Comenzó a reflexionar sobre el extraño funcionamiento de su propia mente. Su pérdida de memoria, al parecer, no era total. Él sabía que los romanos eran los romanos y que un legado era un funcionario de alto rango.

Él sabía sobre motores de combustión interna y sobre pistolas, y que las pistolas y los romanos no van de la mano. Su mente parecía tener un vasto fondo de información general, a su disposición si lo necesitaba.

- No son más que las pequeñas cosas las que no puedo recordar.- reflexionó amargamente.- Al igual que lo que soy, y de donde soy, y lo que he hecho.

Sin embargo, como era de suponer otro lote de recuerdos fue en su ayuda. Si pudiera encontrar la versión de sí mismo que los tenía. Lo cual no podría ser demasiado fácil. A diferencia de sus primeras impresiones, su búsqueda lo había llevado a un lugar muy peligroso.

Los soldados en la guerra tienen poco tiempo para preocuparse por los civiles perdidos. Fue una suerte que el centurión hubiera sido tan fácil de impresionar. Afortunado, pero también muy extraño. El hombre que parecía casi demasiado dispuesto a aceptar la historia del Doctor...

...Como si estuviera ansioso por dar sentido a algo extraño.

No había sido algo vago, abstracto, desligado de él también, pensó el Doctor. Como si hubiera sido recientemente hipnotizado o con un lavado de cerebro Reflexionando sobre estos pensamientos, el doctor se dio cuenta de que había entrado en un área de niebla arremolinándose. Pero no era sólo niebla, había algo más. Que parecía entrar su mente diciéndole que fuera hacia atrás, arrollándolo a él con temor vago.

Estos sentimientos eran muy poderosos, pero él fue capaz de superarlos, aunque no sin un esfuerzo considerable. Para otra mente más impresionable, por ejemplo la del centurión, la niebla podría constituir una barrera infranqueable.

Decidido a descubrir lo que había al otro lado, el Doctor siguió adelante. De repente tropezó con un claro de la niebla y directamente con un paisaje infernal.

En lugar de páramos ondulantes y el sinuoso río que vio había interminables hectáreas de barro revuelto, atravesadas con alambres de púas dispersos y con formas retorcidas de metal.

Los relámpagos rayaban el cielo oscuro, y el aire se llenó con un estruendo ensordecedor constante. De alguna manera el Doctor sabía que no era una tormenta natural.

Una frase que surgió en su mente: "tierra de nadie".

El Doctor miró horrorizado.

- ¿Por qué?- se preguntó.- ¿Qué sentido tiene?

De pronto oyó un grito de voz ronca: "¡Tú! ¡Arriba las manos! "

Algunos de los soldados en retirada se alzaron entre la niebla y lo rodearon. Llevaban abrigos grises largos y cascos metálicos cubiertos de tela y terminados en un pico.

- ¡Tu! ¡Ven! - gruñó el soldado más cercano.

El Doctor estudió a sus captores. Todos ellos llevaban rifles con bayonetas y se dio cuenta de que ése no era momento para discutir o inventarse alguna historia plausible. Si les daba problemas, estos hombres le dispararían y dejarían su cuerpo en el barro, junto aquellos de sus amigos y enemigos.

Levantando las manos, el Doctor permitió que lo guiaran a través del fango dentro de una serpenteante red de trincheras de perímetro.

Finalmente, uno de los soldados lo metió en una cabaña, una habitación baja subterránea iluminada por velas, donde un joven oficial con muestras de cansancio estaba trabajando en un caballete.

--¿Registrando otro triunfo militar? --dijo el Doctor con enfado.

El oficial levantó la mirada con sorpresa. Vestía una túnica de cuello alto y cinturón con una hilera de botones de latón. Su joven cara estaba adornada con un asomo de barba, lo que le hacía parecer más un estudiante que un soldado. Estudió al Doctor por un momento.

--Siguiendo nuestras órdenes, enviamos una patrulla dentro de la tierra de nadie. Siguiendo, sin duda, las suyas, los ingleses nos rechazaron.

--¿Y obtuvieron algo ustedes o el enemigo?

--Nada hasta ahora.

--Entonces, ¿por qué lo hacéis?

--Esperamos órdenes --respondió el oficial.

--Al Alto Mando le gusta ver cierta actividad en la línea de batalla. Impide que los hombres hagan el vago --había un principio de acidez en su voz--. Perdóneme pero, ¿no debería hacer yo las preguntas? --miró al hombre en la entrada-- ¿Dónde encontraste a este hombre?

El soldado recuperó la atención.

--Ahí fuera, señor. En tierra de nadie. Él estaba allí de pie... observando.

El oficial se giró hacia el Doctor.

--¿Espionando?

--¿En esa parte de estupidez militar asesina? ¿Qué podría aprender alguien observando eso?

El oficial despidió al soldado con un gesto y reanudó su pensativo estudio del Doctor.

--Bien, ¿quién es usted?

--Podría hacerle la misma pregunta.

--Soy el Teniente Lucke de las Fuerza Imperiales Germanas y usted es mser prisionero. Debo incluir su captura en mi informe --Empujó un trozo de papel hacia sí--. ¿Cuál es su nombre?

--Puede llamarme El Doctor.

Lucke levantó la vista repentinamente.

--¿Qué ha dicho? ¿Es que hay una convención médica completa paseando en tierra de nadie? No hay duda de que si le presiono para que me dijese un nombre real diría "John Smith".

--Lo haría.

El Doctor cogió una silla y se sentó frente al Teniente Lucke y se inclinó hacia delante ansiosamente.

--¿Debo tomar eso como que se ha encontrado a alguien más haciéndose llamar "El Doctor"?

Sólo vagamente consciente de que el prisionero había tomado las riendas del interrogatorio de nuevo, el Teniente Lucke asintió.

--Eso es.

--¿Cuándo?

--No estoy seguro... no hace mucho. Los días son muy similares aquí. Iba con una muchacha y un hombre joven.

--¿Cómo era este Doctor?

--Un hombre pequeño, con un flequillo de pelo negro. Curioso, ropas pasadas de moda, no como las suyas.

--¿Qué le ocurrió? ¿Dónde está ahora?

--Escapó. Él y sus compañeros.

--¿Adónde?

--A las líneas enemigas, supongo. El Alto Mando insistió en que era un espía, aunque no me lo pareció mucho a mí. Como tú, estaba enfadado por la guerra.

--¿Qué hacía? ¿Qué quería?

--No tengo ni idea.

El Doctor se echó hacia atrás, decepcionado. Su otro yo estaba aquí, en algún lugar...en este extraño lugar que tenía legiones romanas, ejércitos que luchaban con armas causantes de graves carnicerías y quién sabe qué más. Se dio cuenta de que Lucke le estaba mirando fijamente.

--¿Sabes? Estaba loco este otro Doctor. Me dijo que provenía de otro planeta y que tenía una máquina que viajaba a través del tiempo y del espacio. Y le creí, por lo tanto yo debo estar loco también.

--Estabas en lo correcto al creerlo --dijo el Doctor con calma--. Te estaba contando la verdad. Yo mismo tengo esa máquina.

--¿Tú eres también un viajero del tiempo?

--Puedo decirte algo incluso más sorprendente. Creo que tú puedes haber viajado a través del tiempo y el espacio.

Lucke no respondió. Tan sólo miró al Doctor fijamente con ojos salvajes, sus dedos jugueteando con una pistola que reposaba sobre la mesa.

--Sólo dime esto --pidió el Doctor urgentemente--, ¿dónde estamos? ¿qué año es éste?

--Estamos en Francia --susurró Locke--. En el Frente Oeste. El año es 1917. --Dijo las palabras como un credo, como si necesitase creer en ellas para mantener la cordura.

--¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Lucke se frotó la frente.

--No estoy seguro. Mucho tiempo. A veces parece que siempre.

El Doctor se inclinó hacia delante.

--No muy lejos de aquí, tan sólo más allá de un banco de niebla, me encontré con más soldados. Ellos también llevan aquí lo que les parece una eternidad, luchando una guerra que nunca acaba.

--Soldados como nosotros... ¿Como yo?

El Doctor sacudió la cabeza.

--Son legionarios romanos. Para ellos, este lugar es la frontera del Imperio romano y el tiempo más de mil años atrás.

Repentinamente desconfiado, el Teniente Lucke cogió la pistola.

--Me engañó, este otro Doctor --cargó la pistola--. Tenía algo que llamaba destornillador sónico. Sin tocarlo, hizo que un tornillo saliese de la culata y entrase de nuevo. Después, robó mi pistola y escapó. ¿Tienes trucos que enseñarme, Doctor?

--No estoy intentando engañarte --replicó el Doctor con urgencia--. Si mi teoría es correcta, tú y tus hombres y tus enemigos ingleses y los romanos (y otros incontables, por lo que sé) habéis sido traídos aquí. Traídos aquí y abandonados para luchar. ¿No quieres saber por qué?

Pero el Teniente Lucke no quiso. Aquello fue demasiada tensión para su torturada mente. Alzó lentamente la pistola hacia la frente del Doctor.

--¡Eres un espía! Debemos disparar a los espías. El Capitán von Weich, comandante de mi área, me lo explicó. Todo volverá a ser normal. Si te disparo, volveré a estar bien. Todo estará en su sitio.

Un extraño y extrañamente familiar ruido vino de la habitación interior.

--¿Qué fue ese ruido? --preguntó el Doctor.

--No oigo nada. No intentes engañarme de nuevo, espía. Es tu hora de morir, Doctor.

La mano con la pistola estaba tan cerca que el Doctor pudo ver el nudillo palidecer mientras el dedo de Lucke apretaba el gatillo.

Capítulo 5

Decisión

-¡Teniente Lucke!

El tono de autoridad en la voz hizo que Lucke se pusiera en posición de firme,

El Doctor se giró, curioso por ver al hombre que le había salvado la vida.

De pie en el umbral de la puerta interior, Había un alto e impecablemente uniformado oficial de Prusia. Su túnica y los pantalones se ajustaban muy bien, sus botas y sus botones brillaban.

Para completar el cuadro el tenía la cabeza afeitada, varias cicatrices de duelo y un monóculo.

Ajustando el monóculo, el oficial le dio una mirada indignada a Lucke.
-¿Qué crees que esta haciendo, teniente?

-¿Mi general?

-La pistola...

Lucke se quedó mirando la pistola en la mano como si no perteneciera a él y la enfundó de nuevo.

-Estaba a punto de disparar a este espía, mi general. El capitán Von Weich dio órdenes de que todos los espías debían ser fusilados.

-Por un pelotón de fusilamiento, ¿verdad? Usted no desea sangre y sesos en sus documentos, ¿verdad? '

-El asunto es urgente, mi general. El capitán ordena...

-El capitán Von Weich ha muerto en el ataque. He tomado el mando directo de este sector hasta que un nuevo comandante de área pueda ser enviado desde la sede.

-A sus órdenes, mi general.

-¿Qué has sabido de este hombre?

-Sólo que él se llama El Doctor, como el que escapó. Él también dice ser un viajero del tiempo. ¿Voy a organizar el fusilamiento?

El General estimó. -No lo creo. Voy a mandarlo de vuelta al cuartel general para ser interrogado.

Se acercó a la mesa, apretando su monóculo con más fuerza y se quedó mirando a los ojos de Lucke.

-Lo ha hecho bien, teniente Lucke. Se ha capturado a un espía peligroso y lo ha entregado a su oficial superior.

Su voz se volvió grave, hipnótica.

-Usted está cumpliendo su deber como oficial en las Fuerzas Imperiales alemanas, aquí, en el frente occidental en 1917. Continúe con su informe. Todo está en orden.

-Todo está en orden, murmuró el teniente Lucke, antes de sentarse y volver a su informe.

-Tú, ven conmigo, dijo el general.

El Doctor se levantó y le siguió al cuarto interior, una combinación estrecha de la oficina y dormitorio. Una caja de metal reluciente, como un armario gigante de pie en una esquina.

El general miró a Lucke, antes de cerrar la puerta.

Parece lo suficientemente estable por ahora. Suerte que aparecí, viejo compañero. Es peligroso tratar de condicionarlos, como puedes ver. Sus mentes no pueden soportarlo. Bueno, sólo los más fuertes y todos ellos se unen a la Resistencia.

Miraba fijamente al Doctor como si tratara de ver cuánto de lo que dijo se entendió.

-La resistencia mató al pobre viejo Von Weich, continuó.

No es que fuera Von Weich en ese momento. Él era el capitán Beauregard Lee del ejército confederado, en la zona de guerra civil americana. "

El Doctor mantuvo su rostro impassible, pero más y más piezas del rompecabezas fueron encajando en su lugar.

-Así que todo es un juego, murmuró. -Toda una serie de juegos de guerra con soldados vivos. Pero ¿por qué? ¿Sólo por deporte? '.

Nada de eso, viejo compañero, aunque tiene su lado divertido. No, posiblemente podríamos llamarlo un ejercicio de entrenamiento.

El general miró pensativamente al Doctor. -No estoy seguro de quién eres o cuanto sabes, pero lo que sí sé, es que es demasiado. Ya encontrarán la verdad en el cuartel general. Yo soy necesario aquí, así que voy a tener que enviarle de vuelta bajo vigilancia. Usted no va a hacer ninguna tontería,

¿verdad? La única manera de salir de aquí es delante de Lucke. Una palabra mía y él estaría muy feliz de dispararle.

El general tocó un control en el lado de la caja de metal cuadrada y un marco de puerta se deslizó hacia el exterior, revelando una figura siniestra de cuero negro, empuñando una enorme pistola-desintegradora.

-Lleva este preso de nuevo a seguridad, ordenó el general.

El Doctor dio un paso a través del marco de la puerta y la cerró tras él. Miró a su alrededor, con curiosidad. Él estaba en una caja de metal, nada más, un corredor de paredes brillantes que se perdía por delante.

Si se trataba de una TARDIS, era una de las más básicas.

El guardia vestido de negro de pie en el lado opuesto del corredor, apuntándole con la pistola, la situación era siniestra y ridícula al mismo tiempo.

El viaje fue muy corto. El Doctor tenía la sensación de solo un rápido viaje por el espacio, aunque presumiblemente este vehículo extraño tenía la capacidad de viajar en el tiempo si se está utilizando para recoger a los soldados en guerra y traerlos aquí, donde quiera que aquí fuese. Y si era cualquier tipo de TARDIS sería capaz de mantener un número infinito.

Ellos llegaron, la puerta comenzó a abrirse y el Doctor se abalanzó.

El guardia trató de alcanzar su fusil, pero el Doctor ya estaba demasiado cerca. Una mano se deslizó a un lado del fusil, mientras que los largos dedos de la otra se cerraron con fuerza en el cuello del guardia para paralizarlo. Comprobó que el guardia estaba inconsciente, el Doctor lo depositó en el suelo dentro de la máquina y salió, la puerta se cerró detrás de él.

Se encontró en un gran espacio abierto delante de dos muelles de atraque. Uno estaba vacío y el otro fue ocupado por la máquina que acababa de dejar. Delante de él había un tablero de control magnético y tras de sí una larga rampa que conducía hacia arriba.

Después de un rápido vistazo al panel de control, el Doctor se dirigió por la rampa. Esto le llevó a un pasillo metálico, largo, con una puerta abierta en el extremo lejano. Mientras corría hacia ella, oyó una voz preocupada.

-Doctor, ¿eso significa que no puede hacer lo que prometió y enviarnos a todos a casa?

Oyó otra respuesta de voz vacilante: -Bueno, sí, todavía puedo hacer eso...

Era una voz que el Doctor reconoció de inmediato. Era la suya.

Una tercera voz se cruzó con la suya, una voz llena de miedo y el odio:
-¡No pueden! Ellos no pueden a menos que... Doctor, usted no debe invitarlos a entrar o va a ser nuestro final. Ellos no muestran piedad

El Doctor escuchó su propia voz airada:
-¡Tienes que detener la lucha!

La primera voz gritó: -¡Haz lo que te dicen!:

El corredor llevó a una habitación enorme, con un complejo control. El Doctor miró en su interior...

La habitación estaba llena de un extraño grupo de soldados. Él vio al menos un oficial alemán y uno británico.

Había muchos otros soldados de distintos períodos de tiempo, con un tremendo y variado surtido de uniformes

Todos llevaban armas de fuego todos, excepto uno de ellos.

La excepción fue un hombre un poco desaliñado con una levita mal ajustada y pantalones a cuadros y rotos. Tenía un rostro astuto, inteligente y un flequillo de pelo negro, él miraba preocupado hacia el espacio, mientras que los otros le miraban con expectación. Estaba bastante claro que él era su líder.

Este era el otro yo que el Doctor que había venido a buscar, el segundo Doctor.

Cerca de allí, un hombre alto y apuesto, con un bigote largo y delgado se paró frente a una unidad de comunicaciones. Evidentemente, él era un prisionero. Algunos de los soldados, incluyendo un bandido pintorescamente villano de aspecto mexicano, apuntándole con revólveres.

En una voz áspera dura, el hombre alto, dijo: -Este es el jefe de guerra a todas las zonas de guerra. Esto es una orden, directamente del señor de la guerra. Todos los combates cesarán. Repito, todos los combates en las zonas de guerra cesarán. Has de estar en alerta por nuevas órdenes.

-¡Bien, Doctor!, dijo el Doctor.
-¡Lo has hecho!

El aire de la habitación brillaba y todo el mundo se congeló, todos, excepto el pequeño hombre furioso en la levita.

-¡Tú otra vez!

Por un momento el Doctor se sorprendió al ser reconocido. Entonces se dio cuenta que desde su encuentro con el primer Doctor, él era parte de las memorias del segundo Doctor. Todo era muy confuso.

Sus mentes se tocaron y los recuerdos del segundo Doctor le inundaron, llenando aún más las lagunas en la mente del Doctor.

A medida que el proceso fue terminando, el Doctor dijo, -ya veo, como yo pensaba. ¡Juegos de Guerra! ¡Un vil sistema! ¡Pero el condicionamiento no funcionó en todo el mundo, por lo que formaron una organización de resistencia, que le llevó a la victoria!

El segundo Doctor dijo con amargura: -¿Vas a aparecer en todos los momentos más incómodos de mi vida?

-No estoy seguro, dijo el Doctor. -No lo tengo todo bajo mi control. ¿Pero sin duda este es un momento de triunfo?

-¿Lo es?

El Doctor dio una palmada en el otro yo en la espalda, con tanto entusiasmo que el pequeño hombre se tambaleó.

-¡Por supuesto que lo es! Usted ha capturado la sala de control enemigo, apresando al Señor del Tiempo traidor que les ha ayudado...

El segundo Doctor suspiró. -Dado que mi mente ahora es un libro abierto para ti, el suyo todavía parece tener un buen número de páginas en blanco, por cierto, probablemente usted debe saber lo que está pasando

El Doctor trató de ordenar el revoltijo de la información fresca que había inundado su mente.

-Vamos a ver... Con la ayuda de un traidor Señor del Tiempo, los aliens que trajeron a los soldados de las diferentes guerras en la historia de la Tierra, lavando su cerebro y haciéndoles pensar que ellos todavía estaban en su propio tiempo y lugar, y dejar que siguieran luchando, planificando para que convertir a los sobrevivientes, en el más duro ejército de conquista galáctica.

-Eso es la fortaleza de la misma, dijo el segundo Doctor. Romper un esquema como el de cerebro lo más difícil que me he encontrado. Afortunadamente, ahora se ha estropeado, con un poco de ayuda de mis amigos de la Resistencia. Sin embargo, el principal problema sigue siendo. La tecnología robada que reunió a todos estos soldados aquí se está rompiendo, así, que no se puede utilizar para enviarlos de regreso a su propia época y lugares.

-Pero tú ya tienes la respuesta a eso.

El hombrecillo le dirigió una mirada satírica e inquisidora.

-¿La tengo?

-Incluso nuestro amigo traicionero vio la solución de inmediato. Simplemente envíaselo a los Señores del Tiempo.

-Oh sí, ¿lo vamos a hacer? ¿Y has oído lo que dijo que pasaría si lo hiciera? Dijo que sería el final para los dos, que no mostraría ninguna piedad. ¡Bueno, él tiene toda la razón!

El segundo Doctor se cruzó de brazos y frunció el ceño con furia, con el aire de alguien cuya mente se está componiendo.

-No, no la tiene, dijo el Doctor tranquilizador. -¿Usted realmente piensa que los Señores del Tiempo no harán ninguna distinción entre los dos?

-¿Por qué habrían de hacerlo? Los dos somos renegados que robaron la tecnología de Los Señores del Tiempo

-¡Tonterías! Sean cuales sean sus motivos para dejar Gallifrey, no eran ni el mal ni la corrupción. El Doctor hizo un análisis rápido de sus memorias recientemente recuperadas. -Y desde que lo dejaste, has superado a enemigos monstruosos. Los quarks, el Yeti, los Guerreros de hielo, los Daleks... Háblale a los Señores del Tiempo sobre eso mismo, te escucharán. Hay que hacerles ver que hay fuerzas del mal en el universo que simplemente hay que combatir. No sólo hay que sentarse y observar, eso solo no es suficientemente bueno. Usted tiene una excelente defensa que ofrecer.

Abandonando su pose digna, el pequeño hombre agitó los brazos, saltando con furia.

-¡Es bastante fácil para usted poder decir eso!

-¡No es usted que va a sufrir su ira!

-Te olvidas de algo, dijo el Doctor. -Todo lo que le sucede a usted ya me ha ocurrido a mí, ¡aunque ninguno de nosotros sabe lo que es todavía! Sea lo que sea, estoy seguro de que va a sobrevivir.

-Admiro su confianza, dijo el segundo Doctor.

-¿Y si me condenan a la disolución temporal?

-Yo no estaría aquí, ¿verdad? No pueden tener

-No estés tan seguro, dijo el segundo Doctor sombrío. -La líneas de tiempo se puede alterar, tu lo sabes, ¡y si algo terminal me pasara, tal vez no estaré aquí!

Con un súbito escalofrío, el Doctor se dio cuenta de que el pequeño hombre tenía toda la razón. ¿Estaba en dirección a un futuro alternativo en el que los señores del tiempo enojados condenan al segundo Doctor a muerte? Si su encarnación anterior, cualquiera de sus encarnaciones anteriores muere, él mismo nunca existiría.

Él estaba rompiendo las leyes del tiempo sólo por estar aquí, y cuando se abandonan las reglas cualquier cosa puede pasar.

El segundo Doctor vio a la comprensión en la cara.

-No es tan fácil ahora, ¿verdad? Sólo recuerde, cualquier decisión que tome afectará a su destino también. Miró a sus compañeros congelados. - Ahora es mejor que este fuera antes de que estalle la burbuja de tiempo. Toma una de las máquinas del tiempo extraterrestres de la bahía de aterrizaje. Has de volver a tu TARDIS.

-Adiós, dijo el Doctor. -Gracias por los recuerdos. Hizo una pausa. -Y has lo correcto. Sea cual sea el riesgo, es algo que los dos tenemos que aceptar.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, desapareciendo al igual que el tiempo volvió a su flujo normal y la sala volvió a la vida.

-¡Que hombre tan insufrible joven!, murmuró el segundo Doctor. -Está bien para repartir consejos morales. Cree que lo sabe todo sólo porque esta unas cuantas vidas por delante de mí. De todos modos, debe de haber aprendido algo en todos los cursos de la vida...

El segundo Doctor se dio cuenta de que sus dos jóvenes compañeros, le buscaban e iban preocupados hacia él. Eran una pareja extraña, Jamie, un fornido joven escocés y Zoe, una muy pequeña, chica muy guapa con un cerebro casi de computadora. Habían pasado por muchas aventuras juntos. ¿Sería esta la última?

Zoe miró al jefe de guerra.

-¿Qué quiere decir, Doctor? ¿Quién no tiene que llamar?

Las únicas personas que pueden poner fin a este negocio espantoso y enviar a todos de vuelta a sus propios tiempos, ¡los Señores del Tiempo!

Jamie se quedó perplejo. -¿Quiénes son?

-Son los míos, Jamie.

-Oh, ¡bueno eso está bien, entonces!

Zoe estaba estudiando cara de preocupación del segundo Doctor.

-No está bien, ¿verdad, Doctor?

-No, dijo el segundo Doctor con resignación. -Pero me temo que no hay alternativa.

Se dejó caer con las piernas cruzadas en el suelo, sacó seis tarjetas en blanco de su bolsillo, y las colocó delante de él. Jamie echó a Zoe una mirada desconcertada. -¿Qué está haciendo?

Sin embargo, el Jefe de Guerra lo sabía muy bien. -No lo hagas, Doctor, rugió. -¿Sabes qué va a pasar? Saltó hacia el segundo Doctor, como si fuera a detenerlo por la fuerza. El inglés y los oficiales alemanes tomaron al jefe de guerra, y lo retuvieron

El segundo Doctor ignoró a todos, su rostro era una máscara blanca de concentración.

En el suelo delante de él, las seis tarjetas blancas flotaron en el aire y se convirtieron en un cubo blanco normal.

Jamie y Zoe se arrodillaron junto a él.

-Doctor, ¿esta bien?, Zoe le preguntó con ansiedad.

El Doctor abrió los ojos. -Sí, Zoe, estoy bien.

Jamie se quedó mirando la caja, aturdido. -Doctor, ¿qué es eso?

-Es una caja, Jamie.

-¡Lo sé, lo veo!

El Doctor cogió la caja y la sostuvo en sus manos. -Un tipo muy especial de caja. Ahora contiene toda la información acerca de lo que está pasando aquí y un mensaje pidiendo ayuda.

-¿Ayuda? ¿A quién?

-¿A Los señores del tiempo? preguntó Zoe.

-Sí, Zoe, a los Señores del Tiempo.

Jamie estaba desconcertado todavía. Para él, el Doctor era una especie de todopoderoso mago.

¿Pero por qué no les has pedido ayuda antes?

El Doctor se puso de pie. -Nunca lo he realmente necesitado antes, Jamie, pero esto de enviar a todos a su propio tiempo, bueno, es demasiado difícil para mí..."

Miró el cuadro blanco normal en sus manos. En realidad, era una especie de TARDIS en miniatura. Un simple impulso telepático y que se materializaría al instante en Gallifrey, una citación que no podía ser ignorada.

El segundo Doctor puso la caja en alguno de los amplios bolsillos de su levita. El mensaje estaba listo, pero aún no lo había enviado, todavía no. Seguía luchando con su conciencia, todavía está tratando de posponer la decisión fatídica. Tal vez se podría encontrar alguna manera de preservar su libertad.

El Doctor, por su parte, estaba en la zona Romana, haciendo su camino de regreso a su TARDIS. Había sido un asunto fácil el configurar la tarjeta de control para que la máquina alienígena en la bahía de acoplamiento le llevara hasta allí.

Él había intervenido lo suficiente en su propio pasado. Él debía dejar que su segundo yo trabajara en su propio destino.

A medida que avanzó el tiempo, el Doctor se preguntaba lo que el pequeño hombre decidiría. Siguió el sendero sinuoso alrededor de la empinada ladera de la colina y de repente encontró una carroza romana que venía hacia él, flanqueado por columnas de hombres que marchaban. Pero este era un grupo muy diferente de los hombres de los que había conocido antes. Los soldados estaban alegres y atentos, marchando a paso ligero por el camino. A la vista del Doctor, el centurión levantó la mano para detener a los hombres.

-¡Compañía, alto! ¡Saludo general!
Las espadas y escudos de bronce en corazas fueron sacudidas una vez más.

El centurión se apresuró a su encuentro, con el rostro radiante.
-¡Bien hecho, legado, bien hecho! Usted lo ha resuelto, tal como lo había prometido.

-¿Lo hice?

-El general justo nos acaba de enviar las nuevas órdenes, directas desde Roma. ¡No más lucha! ¡Ha habido algún tipo de tratado con las tribus bárbaras!

El Doctor recordó el enfadado preso en la sala de control alienígena, ordenando el cese del fuego. El segundo Doctor lo había logrado – Él lo había logrado.

El Doctor sintió una oleada de orgullo. ¡Se habían detenido la masacre!

–¡Ahora, no me digas que no tuviste algo que ver con eso! el centurión continuó.

–Bueno, quizás solo un poquito – dijo el Doctor modestamente

–Mejor aún. Pronto nos iremos todos a casa.

–Me alegro mucho de escucharlo.

Eso, pensaba el Doctor, no era una cosa casi segura. A no ser que se lo hubiera enviado antes para los Señores del Tiempo.

El centurión recogió el rastro de la inseguridad de su respuesta.

–Estamos siendo enviado a casa, ¿o no, Legate?

–Eso espero. – dijo el Doctor – Espero que sí.

–¿Estás seguro?

–Bueno, es una cosa difícil de organizar, a tantos hombres...

El centurión suspiró:

–Los muchachos han puesto su corazón al ver Roma de nuevo. Así que tengo, que contarte la verdad.

–Lo sé – dijo el Doctor. – Un frasco de vino de Falerno⁴ la edad en la taberna de Lucio...

–Eso es correcto – dijo el centurión.

De repente, el Doctor se dio cuenta de que la niebla se extendía por la ladera. La voz del centurión se escuchaba menos. El mismo centurión fue desapareciendo, junto con sus caballos de su carro y todos sus hombres. Poco a poco los Romanos desaparecieron en la niebla girando ...

El Doctor dió un suspiro de alivio. Esto sólo podría ser obra de los Señores del Tiempo

4 Un tipo de vino que era muy popular en la Antigua Roma considerado el primer vino de culto en su época . http://es.wikipedia.org/wiki/Vino_falerno

Su segunda versión los convocó, después de todo. Los Juegos de Guerra⁵ fueron cosas del pasado. Y allí, en la ladera estaba su TARDIS.

El Doctor se apresuró hacia ella.

5 Hace referencia a los Juegos de Guerra. Título del último episodio del Segundo Doctor, The War Games

Capítulo 6

Escapar

El aerodeslizador de alta velocidad rugió entre las nieblas marinas y subió hasta la playa de guijarros que bordeaban la base naval.

Dos marineros corrieron hacia él desde la ambulancia, con una camilla entre ellos. Un capitán naval los siguió, acompañado de una muy pequeña y muy guapa chica con un traje pantalón blanco.

La rampa de aterrizaje del aerodeslizador se redujo, y un hombre alto, de pelo blanco salió, seguido por el piloto del aerodeslizador. El hombre alto se acercó rápidamente hasta la playa. Tenía un revestimiento, la cara joven y llevaba un voluminoso traje de goma acolchada de color naranja brillante, un equipo de escape submarino.

La cara de Jo Grant se iluminó ante la vista de él.

- Me dijeron que alguien estaba herido...

- Es el Maestro.- dijo el Doctor. el Tercer Doctor.- Se desplomó poco después de que nos recogió.

- Pues bien, Doctor, ¿qué pasó?- preguntó el capitán de la marina.

- Me las arreglé para destruir su base para ti.

El capitán Hart dio un suspiro de alivio. Con la ayuda del Doctor había estado luchando con el hombre, en una base marina con reptiles conocidos como Demonios Marinos. Con la ayuda de un criminal escapado principalmente llamado el Maestro, los Demonios Marinos había destruido el envío, invadieron un fuerte marino, e incluso atacó a su propia base naval. Ahora, por fin, la amenaza había terminado.

- ¡Gracias a Dios!- dijo el capitán Hart.

- ¡Bien hecho!

- Hice lo que tenía que hacerlo, para evitar una guerra.- No había ningún placer, ningún triunfo en la voz del Doctor.

Los dos marineros de la ambulancia hicieron su camino de regreso desde el aerodeslizador. En la camilla yacía una forma todavía, una manta cubierta hasta la barbilla.

El rostro con barba amarillenta de aspecto ceroso estaba curiosamente congelado.

-Está muerto.- susurró Jo.

El Tercer Doctor meneó la cabeza. El Maestro muerto en el pasado, toda su maldad acabada, apenas parecía posible. No lo era.

- Hemos sido demasiado tarde.- dijo uno de los camilleros.- El Doctor en el aerodeslizador dijo que sí.

El Tercer Doctor lo miró fijamente. El aerodeslizador sólo había tenido una tripulación de dos hombres, ambos marineros.

- ¿Doctor? ¿Qué doctor?

De repente, miró la cara de su viejo enemigo y se acercó a tocarlo. La frente se pegó en la mano. Debajo de la máscara que vio los ojos muy abiertos, hipnotizados del tripulante del aerodeslizador.

- Tengo que obedecer.- susurró.- Tengo que obedecer. Debo obedecer...

A pesar de que el Doctor se dio cuenta de lo que debía haber sucedido, hubo un rugido de motores en la costa. Se volvió, y captó un breve vistazo de la figura con barba en los controles.

El Maestro hizo un gesto sardónico con la mano en señal de saludo, y el aerodeslizador de alta velocidad se dio la vuelta salió hacia el mar, desapareciendo en la niebla.

El Tercer Doctor se quedó después, con una mirada en su rostro que casi podría haber sido de admiración.

- ¡Se ha escapado!- Gritó Hart.

- Cuenta de hecho.- dijo el Doctor secamente.

- Tenemos que ir tras él.- dijo el capitán Hart.- Voy a organizar una persecución. Lanchas rápidas, helicópteros, lo que sea necesario.

- ¿Puede usted ponerse al día con él?- preguntó Jo Grant.

- No será fácil. El aerodeslizador es el último modelo de alta velocidad. Pero lo podemos cortar. Hay un montón de barcos en la zona. ¡No se preocupe, Doctor, lo vamos a conseguir!

- Lo dudo.- dijo el Tercer Doctor en voz baja.

Hart dio la vuelta y corrió hacia su oficina.

- Seguramente van a encontrar el aerodeslizador con el tiempo.- dijo Jo.- Una cosa con ese tamaño es difícil pasar por alto.

- Oh, ellos encontrarán el aerodeslizador, seguro, pero el Maestro se ha ido de largo. Él va a abandonar el aerodeslizador por alguna forma de transporte menos visible. Otro barco, o tal vez un coche. Será mejor que entrar y ver lo que está pasando.

Tomó del brazo a Jo y la condujo hacia la base.

Como el Doctor había adivinado, el Maestro no tenía ninguna intención de quedarse con el aerodeslizador. Era grande, ruidoso y eminentemente visible, malas cualidades en un vehículo de escape. Balanceándose alrededor del

aerodeslizador, el Maestro fue toda velocidad paralelo a lo largo a la costa, acercándose poco a poco cada vez más a tierra. Vio a una cala, un corte estrecho en la línea de costa, y condujo derecho a su interior. Abriendo la rampa, saltó y comenzó a trepar por el estrecho sendero que conducía a la cima de un acantilado.

Big Jack Harris estaba de buen humor mientras conducía su Ford Cortina a lo largo de la carretera costera hacia Portsmouth. Él era un viajante de comercio. Regalos y novedades de las tiendas para turistas en las ciudades a lo largo de la costa sur. Un hombre con una gran cara redonda, Jack era alegre por naturaleza, y la vida parecía particularmente buena justo en ese momento. Había tenido una ronda de ventas de éxito y por primera vez su libro de pedidos está completo. Estaba planeando tener una noche de fiesta en Portsmouth, antes de hacer su camino a casa con su esposa e hijos al día siguiente.

A Jack le gustaba Portsmouth. Un montón de buenos bares...

Frunció el ceño cuando vio una figura vestida de negro haciendo señales en la carretera.

Jack a menudo recogía autoestopistas, elegía chicas guapas. Pero se trataba de un tramo de la carretera desierta, un lugar podrido para quedar varado, y el tío con barba parecía bastante inofensivo. Una cierta clase de extranjeros por su aspecto.

- ¿Necesitas un paseo, amigo?- Jack se detuvo y bajó la ventanilla.

- Lamento molestarle.- El hombre corrió hacia él.- Pero me pregunto si usted ¿podría llevarme? Soy dueño de un yate y mi barco sufrió una fuga. Tuve que bajar a tierra...

Su voz era profunda y culta, con un tinte de algún acento de ninguna parte. Ropa divertida para un dueño de un yate, pensó Jack. Sin embargo, nunca se sabía con extranjeros.

- Le puedo llevar tan lejos como Portsmouth, si eso es todo.- dijo.- Puede obtener ayuda allí.

- Debería estar muy agradecido.

Jack abrió la puerta del acompañante y el hombre subió. Siguió su camino.

- Debe de ser bonito, tener un barco.- comenzó Jack.

- Tiene sus problemas.

El hombre de la barba a continuación cayó en el silencio melancólico. Jack estaba decepcionado. Él esperaba que sus pasajeros pagaran su viaje con la conversación.

- Soy viajante de comercio, a lo largo de la costa. Juguetes, novedades, regalos y recuerdos...

- Fascinante.

- Pronto estaremos en Portsmouth.- continuó Jack charlatán.- Tengo una noche en la ciudad, luego mañana a casa a Londres.

- Tengo que ir mucho más allá de Portsmouth.

- Bueno, usted mismo amigo. Portsmouth es mi límite.

- Usted me va a llevar donde quiera que deseen ir.- dijo el hombre de la barba con arrogancia.

Despreocupado como era, Big Jack Harris nunca aguantó tonterías de sus autoestopistas. Un hombre joven había intentado asaltarle, pero Jack le golpeó sin sentido y lo dejó en la comisaria de policía más cercana. Sacó el coche de un tirón

- Mira compañero, es Portsmouth y eso es todo. Si no es lo suficientemente bueno, puede salir ahora y probar suerte con otra persona.

El hombre de la barba se le quedó mirando con ojos melancólicos hundidos.

- Yo soy el Maestro. Usted me va a obedecer. Usted me va a obedecer... - La voz era profunda y dominante.

Jack Harris, soltó una carcajada.- Estás perdiendo el tiempo, amigo, eso no funciona conmigo. Algún tío hipnotizador lo intentó en el escenario del Portsmouth Empire. No llegaremos a ninguna parte ¡soy inmune!

- ¡Qué desgracia para usted!- dijo el hombre de la barba.

De repente tenía un dispositivo pequeño negro en la mano. Jack lo miró con incredulidad. ¿Un arma de fuego? Parecía demasiado pequeña para eso. Un espasmo de agonía lo apretó y su cuerpo parecía implosionar...

Poco después, el coche aceleró en su camino, el hombre de barba vestido de negro al volante.

No había ninguna señal de Big Jack Harris, en absoluto.

En el despacho del Capitán Hart en la base naval, Jo Grant y el Tercer Doctor seguían el progreso de la lucha contra el Maestro a largo alcance.

El Doctor había abandonado su traje de escape y tenía su propia elegancia habitual con una chaqueta de terciopelo azul y una camisa blanca con volantes.

- Han encontrado el aerodeslizador, Doctor.- El Capitán Hart colgó el teléfono.- Abandonado en una cala a pocos kilómetros de la costa.

- Demasiado evidente.- El Doctor asintió con la cabeza.- Tendrá que abandonarlo tan pronto como sea posible. ¿Supongo que no había ni rastro del Maestro?

Hart sacudió la cabeza.

El Doctor volvió a Jo: - Tráeme al Brigadier ¿Podrías, Jo?

Jo Grant miró al capitán Hart para el permiso. Él asintió con la cabeza, empujando el teléfono de encima de la mesa hacia ella. Marcó el número de emergencia UNIT, lo que refleja que, aunque la más compleja de las fórmulas matemáticas fuera la simplicidad misma para el Doctor, las cosas simples, como pases, palabras en clave y números de teléfono parecían estar más allá de él. Ella dio al operador de la unidad las contraseñas necesarias, y consiguió llegar al Brigadier.

- Srta. Grant, ¿qué demonios está pasando ahí abajo? He estado recibiendo los informes más extraordinarios del Ministerio y quejas de la insolencia de algún bruto funcionario del Ministerio de alto rango llamado Walker ... ¿Dónde está el Doctor?

- Aquí, señor- dijo Jo a toda prisa.

- Tal vez más le vale explicar...

Ella le hizo señas al Doctor, quien le lanzó una mirada burlona y tomó el auricular.

- ¿Lethbridge-Stewart? ¿Cómo estás mi querido talador?

Un grito enojado llegó desde el teléfono. El Doctor celebró el receptor de su oído por un momento.

- Cállese, Brigadier, voy a explicárselo todo. Ahora, tengo buenas noticias y malas noticias. Para empezar, he tratado con los Diablos del Mar... Sí, eran una versión marina de esas criaturas que aparecieron en las cuevas. No Silurians no, era un nombre poco apropiado, más bien la edad geológica mal... Eoceno, si lo desea. ¿Qué? Bueno, como una cuestión de pies, hice estallar su base...

El Doctor escuchó por un momento, con una mueca en el rostro.

- No, eso no prueba que usted tenía razón todo el tiempo, Brigadier.- dijo indignado.- ¡Las circunstancias eran completamente diferentes! Le he dicho antes, el uso irracional de la fuerza instintiva es totalmente injustificado. No resolver un problema al hacerlo reventar, bueno... ¡sólo en circunstancias muy excepcionales!

Jo se aclaró la garganta en voz alta, llamó la atención del Doctor y miró hacia el Capitán Hart, que estaba escuchando a este disputas con UNIT con interés no disimulado.

- Bueno, de todos modos, podemos hablar de eso más tarde- dijo el Doctor.- Ahora las malas noticias. El Maestro se ha escapado.

Hubo otro estallido de gritos de angustia desde el teléfono.

- Sí, al parecer, estaba mezclado en la cosa desde el principio.- dijo el Doctor.- Se ganó a Trenchard, el director de la prisión, que le ayudó a robar el equipo naval para ponerse en contacto con los Demonios Marinos. Hemos escapado de su base de juntos y la marina de guerra lo hizo prisionero, cuando fuimos rescatados. Fingió un colapso, robó un aerodeslizador y se escapó.

Más indignado farfullando desde el teléfono.

- No tiene sentido en ser desagradable acerca de nuestros amigos navales", dijo el Doctor gravemente.- Han sido muy útiles y no hemos hecho nada demasiado brillantemente contra el Maestro ¿no le parece? Es un demonio difícil.

- Ahora escuche, Brigadier.- Su voz se endureció.- Tenga la amabilidad de dejar de gritar y empezar a hacer algo útil. Hemos encontrado el aerodeslizador robado en la costa, a pocos kilómetros de Portsmouth. No hay señales del Maestro, naturalmente. Quiero que se ponga en contacto con la policía, a nivel local y nacional. Haga que circule una descripción y ponga una alarma general. Dígales que estén seguros en hacer hincapié en que el Maestro es peligroso.

"Si lo ven, no se acerquen, pero informen a las autoridades inmediatamente", ya sabe ese tipo de cosas. ¿Qué? No, la señorita Grant y yo nos quedaremos aquí por un tiempo por si aparece por la zona. Si no pasa nada esta noche, regresaremos a la sede de UNIT. Ha sido un placer hablar con usted, Brigadier, pero no hay tiempo para más charla ociosa. Usted tiene mucho que hacer. ¡Sólo seguir manos a la obra, sea un buen chico!

El Doctor colgó de golpe el teléfono con las airadas reconvenciones del Brigadier y se volvió en tono de disculpa hacia el Capitán Hart.

- Espléndido muchacho, Lethbridge-Stewart, pero está dispuesto a ser un poco quisquilloso cuando las cosas van mal.

- Deduzco de la señorita Grant que es su Asesor científico regular.- dijo el capitán Hart.

- Sí, es cierto.

- Trabajar juntos todo el tiempo, ¿verdad?- le preguntó Hart casualmente.

Acababa de pasar una cantidad considerable de tiempo cooperando con el Doctor en este asunto de los Diablos de Mar. Se le ocurrió que si el Brigadier tenía este Doctor como colega a tiempo completo, probablemente tenía un buen motivo para ser quisquilloso.

- Sí, por supuesto, trabajamos juntos.- El Doctor le miró perplejo.- ¿Por qué...? - se interrumpió y rió entre dientes.- Mi querido capitán, no se deje

engañar por todo lo que discutimos por teléfono. El Brigadier y yo somos los mejores amigos. Nos llevamos como una casa ardiendo, ¿no es así, Jo?

- Más bien como una fábrica de fuegos artificiales incendiada.- dijo Jo, con tristeza.

- El viejo Lethbridge-Stewart puede tener un poco de mal genio, pero es muy eficiente. Va a poner una bomba debajo de la policía por ahora. ¡Si el Maestro sigue estando en cualquier lugar, lo encontraremos!

Fue varias horas después el Maestro estaba conduciendo a campo traviesa, manteniéndose atrás de las carreteras y permaneciendo en el límite de velocidad. Lo último que quería era llamar la atención antes de llegar a su destino.

Él no estaba demasiado preocupado por la posibilidad de que el vehículo fuera denunciado como robado. Había una buena probabilidad de que nadie no esperara a su propietario tarde en cualquier momento específico. El principal peligro era que fuera reconocido. El Doctor tendría una descripción por ahora

En un impulso repentino, el Maestro encendió la radio del coche, explorando las longitudes de onda hasta que encontró un boletín de noticias. Durante varios minutos escuchó con impaciencia un recital de sin sentido de los pequeños asuntos humanos. Estaba a punto de apagarlo cuando el locutor dijo: "Finalmente, aquí hay un mensaje de la policía. Un preso muy peligroso se ha escapado de una prisión especial de alta seguridad en la zona de Portsmouth. Es descrito como de pelo negro, de mediana estatura, fornido, de tez cetrina, ojos hundidos y una barba negra y corta."

- No es muy halagador, Doctor.- murmuró el Maestro.- ¿Qué pasó con "Hermoso y distinguido"?

- Este hombre es muy peligroso.- continuó el locutor.- Si lo ven no se acerquen, pero informen a las autoridades inmediatamente. Cuando fue visto por última vez, el preso llevaba un traje negro con una chaqueta de cuello alto.

El Maestro detuvo el coche y rebuscó atrás. Un abrigo con cuello de cuadros escoceses yacía sobre el asiento de atrás del coche. Se estremeció, lo cogió y se lo puso. Había una gorra en un bolsillo y un pañuelo de cuadros escoceses en el otro. Se puso la gorra, tirando de ella hasta los ojos, y terminó con la bufanda alrededor de su cuello, tirando hacia arriba hasta debajo de la nariz para ocultar su barba. Luego condujo adelante, una figura sin forma encorvada detrás del volante.

En el siguiente cruce de la carretera principal había un coche de policía estacionado. Cuando se acercó, un policía se bajó, levantando la mano. Obediente, el Maestro se detuvo el coche y el policía se acercó.

El Amo bajó la ventanilla.

–¿Algún problema, oficial? ¿Qué hice ahora? –dijo en la silbante, afrutada voz del fallecido Sr. Harris.

–Es sólo un chequeo de rutina, señor –dijo el policía. Miró con atención a la figura detrás del volante–. Me pregunto si sería tan amable de quitarse el sombrero y bajarse la bufanda.

El Amo obedeció y los ojos del joven oficial se abrieron totalmente. Su mano alcanzó, instintivamente, el mango de su cachiporra.

–¿Puedo ver su licencia de conducir, señor?

El Amo se rió.

–No sin un cristal magnificador, me parece –dijo en su propia voz. Miró profundamente a los ojos del joven policía, y su voz se volvió profunda y dominante–. Sé lo que estás pensando, pero estás equivocado, sabes, bastante equivocado. Sólo escúchame y lo explicaré. Escúchame...

Unos minutos más tarde, el oficial se enderezó y retrocedió.

–Perdón por entretenerlo, señor.

Saludó al Amo con la mano.

Mientras el Cortina se alejaba a toda velocidad, el oficial regresaba al auto policial y se metía de nuevo en el asiento del acompañante, adelante.

–No era, sargento.

–Qué lástima. Pensé que este se veía prometedor.

–Nada que ver, sargento. Era un rubio grandote con la cara roja, vendedor ambulante.

El sargento lo miró.

–¿Que qué?

–Que era un sujeto grande, con la cara roja y el cabello rubio. Nada que ver con la descripción.

El sargento lo continuó mirando con atención.

–Mira, sé que no estuve tan cerca como tú, pero vi a un sujeto oscuro de mediana estatura, todo cubierto. Y cuando nos pasó creí ver una barba negra.

–Imposible –dijo el oficial, confidentemente–. Me enseñó su licencia y todo.

–Él no hizo eso –dijo el sargento–. Yo los estaba viendo. Hablaron un rato, te agachaste y miraste dentro del carro y pronto te levantaste y lo despediste –aún mirando a su desconcertado colega, estiró la mano y tomó la radio.

* * *

–Ya veo –dijo el Tercer Doctor–. Estuvo bien que pasara el reporte, Inspector, creo que es muy importante. Ahora, ¿puede decirme, exactamente, dónde pasó esto?

El Doctor sonó los dedos y extendió la mano. Jo puso un lápiz en ella y deslizó una libreta por el escritorio. El Doctor escribió rápidamente.

–Gracias de nuevo. ¡Y asegúrese de felicitar a ese sargento de mi parte!

–¿Lo encontró? –preguntó Jo.

–No exactamente –dijo el Doctor–. Pero creo estamos en el camino correcto. ¿Qué pasó?

–Dos policías estaban revisando autos en un cruce. Un auto pasa, uno de ellos va a hablar con el conductor, y lo deja que se marche. El oficial que habló con el conductor vio a un gran hombre rubio con cara roja, quien le mostró su licencia. ¡El que se quedó en el auto policial vio a un hombre oscuro de mediana estatura con una barba que no enseñó nada!

–¡El Amo! –dijo Jo.

El capitán Hart parecía confundido.

–Lo siento, no entiendo.

–El Amo es un habilidoso hipnotista –dijo el Doctor–, ¿no es así, Jo?

Jo se encogió de hombros.

–Me hipnotizó una vez.

–¿Y funcionó? –preguntó el capitán Hart, escéptico.

–Capitán Hart –estalló el Doctor–, ¿sea tan amable de proporcionarme un mapa a gran escala de la Ordnance Survey⁶ del sur de Inglaterra y un carrete de hilo negro!

El capitán Hart le dirigió una mirada confusa a su secretaria.

–¿Jane?

El siempre eficiente tercer oficial Blythe dijo:

–Hay un mapa en la habitación del mapa, señor, y *kit* de costura en mi escritorio –ella se apresuró de una habitación a otra, regresando pronto con los dos objetos.

El Doctor expandió el mapa en el piso.

–Capitán Hart, sea tan amable de mostrarme dónde, exactamente, encontraron abandonado el aerodeslizador robado.

Hart se acucilló junto al mapa. Luego de un momento, señaló un punto cerca de la costa.

–Justo ahí.

El Doctor desenrolló algo de hilo negro.

–Sólo manténgalo ahí, por favor, en ese punto –miró sus notas–. El Amo (si es que el Amo) fue visto... ¡aquí! –el Doctor estiró el hilo de un punto al otro– Mantenlo ahí, ¿quieres, Jo?

Jo obedeció.

–Ahora, si asumimos que el Amo está viajando más o menos en línea recta hacia su destino, que es todo lo que podemos asumir, y si continúa por esta ruta, lo llevará a... –murmurando para sí, el Doctor continuó estirando el hilo en línea recta. De pronto se puso en pie– ¡Por el gran saltador Jehoshaphat, soy un tonto! ¡Claro! ¿A dónde más se dirigiría? ¡Necesito un helicóptero ya!

El capitán Hart parecía como si sintiera más simpatía con el Brigadier.

–Claro, Doctor. ¿Quizás sea usted tan amable de decirme su destino?

–Sí, vamos, Doctor, ¿a dónde vamos? –demandó Jo.

—A un sitio que conoces muy bien, Jo... ¡Un pequeño lugar llamado Devil's End⁷!

Capítulo 7

Devil's End

El pueblo de Devil's End había cambiado sorprendentemente desde que el Amo ocupó el puesto de Vicario aquí.

Cierto. Después de los recientes y terroríficos acontecimientos, varios habitantes se habían mudado, especialmente aquellos que temporalmente habían caído bajo la influencia del Amo. Ya no había congregación ahora para la pequeña iglesia, y tampoco había vicario. De hecho, ya no había iglesia. Voló en pedazos – un desafortunado efecto colateral de la destrucción de un poderoso alien llamado Azal.

El Amo había intentado tomar el control de los poderes de Azal para sus propios fines. El intento fue frustrado por el Doctor y llevó a la captura y encarcelamiento del Amo.

Ahora el Amo sonreía mientras recordaba la promesa del Doctor de “ocuparse de él más tarde”. Él también recordaba su respuesta burlona “¡Siempre has sido un optimista, Doctor!” Y aquí estaba de nuevo, libre al fin, libre para tratar con el Doctor.

Él condujo por el lado del pintoresco y verde pueblo, y pasó por el montón de escombros que una vez habían sido la igualmente pintoresca iglesia. La destrucción de la iglesia no significó nada para el Amo. Lo que le interesaba a él era la caverna que había debajo.

El pueblo de Devil's End había estado siempre asociado con las leyendas de magia negra y brujería, en el siglo diecisiete, Matthew Hopkins, el Cazador de Brujas General denunció un aquelarre de brujas en el pueblo y fueron todas quemadas en la hoguera.

A principios del siglo diecinueve, el joven y disoluto Lord Aldbourne construyó sobre la tradición del pueblo su propia versión del famoso Hell Fire Club. Aquí en la caverna él y sus compañeros habían empezado un culto al diablo, ayudados por tratados religiosos importados de Londres y grandes suministros de clarete complementado con Laudano – una terrible combinación de opio y brandy. No es de extrañar que ellos se asustaran.

En tiempos más recientes, un emprendedor consejo de la parroquia convirtió la caverna en una especie de museo de brujería, que recubrió sus paredes con cuadros que mostraban escenas de las brujas con sus maléficas

ceremonias. Otros mostraban como eran interrogadas por el Cazador de Brujas, torturadas hasta obtener una confesión o quemadas en la hoguera.

No era exactamente la Cámara de los Horrores, o la Torre de Londres, pero la pequeña exposición se convirtió en una modesta contribución a los fondos de la iglesia.

“Un caso del demonio sirviendo al Señor” solía decir Canon Smallwood, el viejo vicario.

Esto, por supuesto fue antes de que el Amo lo asesinara, lo enterrara en su propia iglesia y lo suplantara.

Por un tiempo el Amo tuvo éxito combinando el papel de vicario con el de Magister, o Jefe Hechicero, de un nuevo aquelarre de brujas, utilizando la energía psíquica generada por el Aquelarre para contactar a Azal. Todo estaba yendo bien – hasta que el Doctor había vuelto a estropear cosas.

El Amo aparcó el coche fuera de la iglesia, salió y se quedó mirando las ruinas. Todo lo que quedaba allí eran los restos destrozados de la torre y unos cuantos muros rotos.

Para alivio del Amo, la entrada a la caverna, en la que una vez había sido la sacristía, se había limpiado de escombros.

Allí había un letrero en la entrada

CAVERNA CERRADA. PELIGRO. NO ENTRAR.

El Amo se quitó el abrigo, el sombrero y la bufanda y los tiró a la parte de detrás del coche.

Entonces, ignorando el letrero se encaminó al fondo de la caverna sin percatarse de que estaba siendo observado desde el otro lado del pueblo.

La observadora era alta y huesuda con unas con unas mechas canosas en su pelo negro. Ella llevaba un vestido de brocado y una larga capa negra hecha a mano. Una gran cruz celta colgaba de su cuello.

La señorita Olive Hawthorne no era solamente una bella solterona inglesa, ella también era la bruja del pueblo – una bruja blanca, por supuesto, utilizando sus poderes mágicos, en los que ella creía firmemente, solo para el bien.

Ella había sospechado del nuevo vicario desde el principio y ayudó al Doctor y sus amigos de UNIT para provocar la caída del hombre. Ella se acordaba de ver al Reverendo Mr. Magister siendo conducido con unos fuertes guardianes en un jeep de la armada. Él era, según le habían dicho, un gran criminal con una larga lista de crímenes, destinado a pasar el resto de su vida en una prisión de máxima seguridad.

¿Y entonces, que estaba haciendo aquí en Devil's End?

- Nada bueno, eso seguro – murmuró la señorita Hawthorne, y se apresuró en atravesar el jardín. Al principio de las escaleras el Amo estaba mirando la caverna. Algunas partes del techo habían caído y el lugar estaba ligeramente iluminado por unos rayos de sol. Las figuras de cera de los horripilantes cuadros estaban rotas y dispersas, pero la piedra del Sacrificio estaba aún en el centro de la caverna.

Cuando el pequeño museo aun funcionaba, nunca había sido aterrador realmente. Ahora con el lugar desolado y en semi-oscuridad, con el viento aullando a través del techo roto, allí había algo realmente siniestro.

Eso no molestó al Amo, por supuesto. Él sólo tenía ojos para la Piedra del Sacrificio. Caminando hacia ella, puso sus manos y se inclinó sobre la piedra, sintiendo el leve cosquilleo del poder.

Una voz desde la puerta llamó – Sr. Magister.

El Amo se volvió y vio a la Señorita Hawthorne caminando unos pasos hacia él. El esbozó una sonrisa lobuna.

- ¡Señorita Hawthorne! Que placer ver a una vieja amiga de nuevo.

- No soy su amiga, como bien sabe, es usted malvado.

El Amo levantó las manos en señal de falsa protesta. – De verdad, Señorita Hawthorne, ¿cree que es la forma de dirigirse a su vicario? ¿Qué es lo que me llamó? ¡Un cura racionalista, existencialista!.

- Usted no es un cura. – dijo la Señorita Hawthorne. – Usted trajo la muerte a este pueblo – y la destrucción de su querida iglesia.

- Debe culpar de eso a su amigo el Doctor, Señorita Hawthorne. Si él no se hubiera interpuesto en mis planes para Azal.

- ¿Qué está haciendo de vuelta en Devil's End?

- Me marchó, mi querida señora. Esta es la única razón por la que he vuelto a esta aldea miserable – para irme.

De pronto en la mano del Amo había una especie de cacharro similar a un arma. – Pero primero voy a arreglar algo – ¡no vas a interferir más escoba vieja!

Levantó el dispositivo, y entonces se detuvo, el rugido de un helicóptero atravesaba los huecos del techo.

¡El Doctor! Gritó exultante.

- ¿Cómo puedes estar seguro?

¿Quien más podría ser? Finalmente llegó a la conclusión de donde debía estar. ¡Ahora podré decir adiós a otro viejo amigo!

El helicóptero naval aterrizó en el pueblo y la alta figura del Tercer Doctor saltó fuera, agachándose para evitar las aspas del rotor.

Se volvió a ayudar a bajar a Jo Grant, y asintió al piloto con la cabeza.

- Muchas gracias. ¿Podría esperar aquí un momento? No tardaremos mucho.

- ¿No debería ir con usted, Señor? Si ese hombre es tan peligroso como dicen.

- No es necesario, viejo amigo. Probablemente ya se habrá ido, pero es mejor comprobarlo.

- Tome esto entonces – el piloto sostenía un gran revolver.

- Rotundamente no – dijo el Doctor. – No apruebo las armas – son cosas peligrosas y desagradables.

- Yo la cogeré – dijo Jo, tomando el arma antes de correr tras el Doctor que ya estaba caminando hasta la iglesia en ruinas.

Hizo una pausa ante el Ford Cortina, el Doctor puso una mano sobre el capó.

- Aun está caliente, alguien acaba de llegar.

Jo señaló a través del parabrisas. Algo estaba colgando del retrovisor. Parecía un pequeño muñequito, con la cara roja, rechoncho con el pelo rubio. Que representaba un grotesco muñeco retorcido.

- Que cosa más horrible – dijo Jo.

- Puede que sea una réplica de su dueño.

El Doctor estudió el muñeco y sacudió la cabeza. – me temo que ya sé quien es el dueño, Jo. – dijo gravemente. – El Amo nos ha dejado una pequeña broma. ¡Vamos!

Se dirigió hacia la entrada de la caverna, con Jo corriendo tras él.

Mientras bajaban corriendo las escaleras una voz gritó -- ¡Doctor, cuidado!

Se detuvieron. Allí estaba el Amo.

Estaba de pie cerca de la Piedra del Sacrificio, apuntando a la Señorita Hawthorne con una siniestra arma negra, su Compresor-eliminador de tejidos.

- Adelante Doctor – dijo.

- Usted también Señorita Grant. Y no intente usar ese revolver, o será peor para su amiga la señorita Hawthorne.

Continuaron despacio por los escalones de la caverna, y se detuvieron justo ante la Piedra del Sacrificio.

La risa del Amo retumbó en la caverna ruinoso – estáis a tiempo de decir adiós, Doctor, Me temo que será nuestra despedida final. Creo que lo colgaré del panel de control de mi TARDIS como un souvenir.

El Doctor señaló con la cabeza la piedra. -- ¿Es eso?

Naturalmente, Mi TARDIS funciona perfectamente.

- Me gustaría decir lo mismo. Mi circuito de desmaterialización no funciona.

- Ah si, La sentencia de exilio de los Señores del Tiempo. Ahora, soy libro y tu eres el prisionero. No te preocupes, Doctor, tu exilio está a punto de acabar. Considérelo como una feliz liberación.

De repente la señorita Hawthorne alzó su voz en un misterioso cántico: -- Avaunt, espíritu maligno, criatura de muerte y oscuridad. Avaunt, Yo digo ¡Vete!.

El Amo se rió entre dientes. – Ese galimatías no te servirá para nada. Estúpida mujer, soy inmune a los hechizos. Además se te ha olvidado la escoba y el sombrero de punta.

De repente un fuerte viento surgió de dentro de la caverna. Parecía un torbellino en miniatura que se dirigió directo hacia el Amo. Paso a paso lo forzó a retroceder hasta que estuvo sin poder hacer nada contra la parte superior de la piedra.

Jo tomó el revolver con las dos manos, apuntándole.

- ¡Rápido, Doctor, quítale el arma de la mano!

A medida que el Doctor se adelantaba, el Amo gruñía y arañaba la superficie de la Piedra del Sacrificio. De pronto su cuerpo empezó a hundirse, y desapareció de la vista.

Segundos después se oyó un chirrido áspero y la Piedra del Sacrificio desapareció.

La Señorita Hawthorne se volvió hacia el Doctor -- ¿Magia, Doctor? -- Preguntó ella con orgullo.

- Ciencia o magia. Era una vieja disputa entre nosotros.

El Doctor sonrió. -- ¡Magia, Señorita Hawthorne!

Más tarde cuando se despedían y volvían a los cuarteles de UNIT en el helicóptero, Jo se inclinó hacia el Doctor, alzando su voz por encima del ruido de los motores.

- ¡Así que la Señorita Hawthorne era una bruja después de todo!

- Tonterías, ella no es tal cosa.

- Entonces, ¿Cómo convocó al viento e hizo desaparecer al Amo?

- Creo que el viento es un ejemplo de telequinesia latente que surge en un momento de crisis. Una especie de poltergeist controlado y benévolo.

- ¡Estuviste de acuerdo con que era magia!

- No quería estropearle las cosas a la Señorita Hawthorne.

- ¿Qué pasa con la desaparición?

- Ella no hizo desaparecer al Amo.

- ¿Quién lo hizo entonces?

- Lo hizo él mismo. La Piedra del Sacrificio era en realidad su TARDIS.

- Yo creía que todas parecían cabinas de policía.

- La TARDIS tiene algo llamado Circuito Camaleón, Jo. Se supone que le es posible disfrazarse, confundirse con el entorno. La mía se quedó como una cabina de policía en una visita a Londres, en 1963 creo que fue. Nunca me acuerdo de repararlo.

El Doctor suspiró. – Parece que ahora merecería la pena. Aunque podría ser una cabina de policía para todo para mí.

- Animo Doctor, nos hemos librado del Amo.

El Doctor asintió. – Como él dijo, él está libre y yo estoy prisionero.

Estuvo el resto del viaje en un sombrío silencio.

Brigadier Alistair Lethbridge-Stewart, Oficial Comandante de la Sección de Gran Bretaña de la Fuerza de Inteligencia de las Naciones Unidas, recogió un voluminoso archivo de preguntas, quejas y airadas protestas sobre la conducta de su asesor científico. Sosteniéndola bajo el brazo, marchó por los corredores de UNIT hacia el laboratorio del Doctor.

Por el camino, asomó la cabeza en una habitación donde un fornido sargento estaba a cargo de comunicaciones, estaba bebiendo té y comiendo un sándwich de ternera, todo más o menos al mismo tiempo. Al ver al Brigadier, se puso de pie apresuradamente, poniendo el plato y la taza bajo el escritorio y derramando el té en el proceso.

- No me deje interrumpirle, Sargento Benton. – Dijo el Brigadier. -- ¿Hay noticias del Doctor?

- Estamos esperándolo de un momento a otro, Señor. Él y la Señorita Grant están de vuelta en el helicóptero naval.

- ¿Desde Portsmouth, presumiblemente?

- No, Señor, desde Devil's End.

- ¿Qué demonios está haciendo allí?

- No tengo idea, Señor. ¿Debo decirle que quiere verlo cuando llegue?

- Ciertamente no, Sargento. Hágalo y volverá a desaparecer de nuevo. Yo mismo trataré con el Doctor.

- Buena suerte, Señor. – dijo el Sargento Benton impasible.

El Brigadier le dirigió una mirada burlona, se aclaró la garganta y siguió su camino.

Aunque la participación de UNIT en el asunto de los Diablos del Mar había sido mínimo. La Sede central de UNIT en Ginebra aun estaba pidiendo un informe completo, y el Brigadier supo que debía terminar de escribirlo.

Él tenía que obtener algunas respuestas del Doctor, en primer lugar, sin embargo y dado que el Doctor odiaba responder preguntas y se negaba en redondo a escribir informes, el Brigadier había decidido tenderle una emboscada. Cuando el Doctor llegó, el Brigadier y sus archivos estarían esperándole.

Él esperaba que el laboratorio estuviera vacío, pero se sorprendió al ver una figura alta en un lado de la larga estancia, mirando un bonito y antiguo reloj. El Brigadier recordaba haber visto aquel reloj antes, quizás el Doctor lo había traído a casa como un souvenir.

-¡Doctor! – Llamó.

La figura se volvió y el Brigadier vio que no era el Doctor. ¿O si lo era?

Las ropas eran similares, de aspecto antiguo y vagamente de estilo Eduardiano. Pero su pelo largo era castaño y no blanco, y su hermoso rostro era el de un hombre mucho más joven. Aunque había cierto parecido, especialmente en la nariz...

Un pensamiento inquietante sacudió al Brigadier. Se había visto obligado a admitir ya una vez que la apariencia del Doctor había cambiado ¿Habría cambiado otra vez?

-¿Doctor? –repitió, esta vez, tentativamente.

Para su horror, el extraño dijo:

-¿Sí?

Capítulo 8

Viejos Amigos

El Brigadier se tambaleó, sus peores temores se confirmaron.

-¿Eres realmente el Doctor? ¿Has vuelto a cambiar?

-Eso supongo. Eres el coronel Lethbridge-Stewart, ¿no?

-Brigadier Lethbridge-Stewart. Si usted es el Doctor, ¡Debería saber eso!

-Has sido ascendido, ¿verdad? ¡Felicidades! Estoy seguro de que lo mereces. Recuerdo que lo hizo terriblemente bien en ese molesto asunto con la inteligencia Yeti en el metro y todo eso. Un asunto espantoso.

El brigadier luchó para mantener la calma. ¿Dónde está la señorita Grant?

El extranjero se quedó perplejo. -Me temo que no tengo el placer.

-Usted no conoce a la señorita Grant, no sé cuál es mi grado actual, sin embargo, dice ser mi Asesor Científico.

-Perdóname, no he afirmado tal cosa.

-Pero si usted es el Doctor...

De pronto, el desconocido sonrió. -Digamos que soy un Doctor. Hay más de uno, ya sabes. Evidentemente, yo no soy el que estábamos esperando.

-¡Ah! , dijo el brigadier.

Nunca se me ocurrió realmente que el Doctor no era algo único, que en algún lugar en el universo podría haber otros como él.

-¿Entonces, eres un amigo del Doctor? dijo. -¿Un compañero? Miró a la cara curiosamente familiar. ¿Tal vez incluso un pariente?

-¡Sí! dijo el desconocido exhaustivamente. Somos muy cercanos.

El brigadier decidió no preguntar cómo el hombre había logrado entrar a la sede de UNIT. Es de suponer que al tener cualquier conexión con el Doctor, puede compartir sus peculiares poderes.

-Estamos esperando que el Doctor llegue en cualquier momento, dijo. -Estoy seguro de que se alegrará de verte.

-¡Yo no lo creo! dijo el recién llegado. -¡La última vez que nos reunimos fue francamente hostil!

El brigadier asintió con la cabeza con simpatía. -Puede ser muy quisquilloso a veces. Yo también he tenido algunos problemas con él.

-Siento mucho oír eso, dijo el extraño con solemnidad. -Me permito pedir disculpas en su nombre.

-Oh, nada realmente grave, dijo el brigadier a toda prisa. -Él me ha dado una gran cantidad de ayuda valiosa. No sé cómo lo habría echo sin él.

-Es usted muy amable.

Oyeron el ruido estrepitoso de un helicóptero acercándose.

-Ese será el Doctor, dijo el Brigadier.

El estruendo se hizo cada vez más fuerte, y luego se redujo a un sonido constante al ralentí ya que la máquina aterrizó. Se oyó el helicóptero despegar de nuevo, poco a poco desapareciendo en la distancia, a continuación, minutos más tarde, unos pasos ligeros se acercaban por el pasillo. El tercer Doctor apareció en la puerta, con Jo justo detrás de él.

-Perdón por llegar tarde, brigadier, empezó a decir, y luego se interrumpió ante la visión del Doctor, de pie junto a la ventana. -¡Oh no! usted de nuevo no.

El tiempo se congeló, dejando a Jo y al brigadier como estatuas.

El tercer Doctor entró en el laboratorio y se enfrentó a su yo. -Bueno, tomé su consejo, dijo con amargura. -Regresé del planeta de los Juegos de Guerra, ¿recuerdas? Y mira lo que me conseguí. ¡El exilio!

Señaló a la caja azul de la policía en la esquina. -¡Esa cosa es ahora inútil para mí! El circuito de la desmaterialización no funciona y los señores del tiempo se han llevado mi conocimiento de la teoría de Viajes en el tiempo...

El Doctor ignoró la diatriba enojada. Fijando los ojos en el tercer Doctor, él abrió su mente a la relación entre ellos y las dos mentes se convirtieron en una. Los recuerdos lo inundaron. El juicio del segundo Doctor, la regeneración y el exilio a la Tierra. Autons y Eocenes marcianos, los astronautas... El proyecto de Infierno desastroso, todo un mundo muriendo en llamas, sin nada que pudiera hacer... Más Autons, ayudados por el Maestro. La mortífera máquina Keller, los hermosos y traicioneros axones, los colonos asediados en el espacio, el aterrador Azal, e inevitablemente, sus viejos enemigos, los Daleks. Vio las cavernas tenebrosas de Peladon y oyó el rugido de la bestia sagrada.

Por último, aún fresco en la mente del tercer Doctor, y vio a la lucha con los Demonios Marinos, y la huida del Maestro. Por encima de todo, sintió el resentimiento del tercer Doctor de su destierro, su apasionado deseo de ser libre de nuevo a cualquier precio. Y algo más estaba sucediendo...

¿Que fue lo que el primer Doctor había dicho?

-Con la mayoría de los huecos rellenos, las barreras restantes comenzaran a desmoronarse...

Así como el primer Doctor había predicho, otros recuerdos comenzaban a volver. Los recuerdos del pasado del Doctor que todavía estaban en el futuro del tercer Doctor. En algún lugar de las profundidades de su mente arañas gigantes se ocultaban en la oscuridad...

-Su exilio, sin duda no ha sido aburrido, dijo.

-Oh, he hecho un trabajo útil, dijo el tercer Doctor de mala gana. -Como dijo el Tribunal, la Tierra parece ser particularmente vulnerable a un ataque alienígena.

Incluso has tenido un par de viajes fuera del planeta, dijo el Doctor alentador.

-¡Sólo para ser devuelto de nuevo a la tierra, como un perro con una correa extra larga!

-Ten paciencia, instó el Doctor. -Tu exilio no durará para siempre. Un día los señores del tiempo se arrepentirán.

-¿Cuándo? Tal vez toda mi vida se consumirá como un exiliado en este planeta. Tal vez sólo mi próxima regeneración será libre.

-No, dijo el Doctor con firmeza. -Usted, como su propio presente, algún día recuperara su libertad. Va a volver a la Tierra, pero será por su propia y libre elección.

-¿Cómo sabes eso? Usted tiene sólo los recuerdos que he estado en condiciones de darle. Mis recuerdos hasta el momento

-Eso no es del todo cierto, dijo el Doctor. -Todos mis recuerdos siguen ahí, latentes en mi mente. Cuanto más se puedan restaurar, como estos, más de los otros vendrán a la vida.

El tercer Doctor se detuvo un momento, acariciándose la barbilla. -¿Así que ya sabes qué me va a pasar a mí?, ¿Cómo voy a terminar?

-No hay ningún detalle, dijo el Doctor. -Ni te lo diría si los hubiera. Pero puedo decirte que el resultado final será la regeneración por su propia elección. Por una causa noble.

-Pero todavía no, ¿confío?

-No, por un tiempo considerable.

-¡Estoy muy contento de escucharlo!

El aire comenzó a brillar y el tercer Doctor dijo: -Es mejor que se vaya, viejo amigo, antes de que le vea.

-No hay prisa. Ya me reuní con el brigadier. ¡Él piensa que soy una especie de pariente suyo!

El tiempo reanudó su flujo y el brigadier dijo: -Ah, ahí está, Doctor, señorita Grant. Hay un visitante del Doctor, una reunión de viejos amigos.

Doctor, su doctor, dedicó al visitante un gesto cortés. ¿Había un deje de sarcasmo en su saludo?

-¡Que un placer tan inesperado! ¿Cómo está?

Mucho mejor tras verle a usted Doctor, dijo el visitante.

Tengo entendido que ya se reunió con el brigadier. Permítame presentarle a mi ayudante, la señorita Josefina Grant.

Jo Grant le ofreció al visitante su más cautivadora sonrisa.

-Encantada de conocerle

Ella le tendió la mano. El visitante la tomó, se la besó y la sostuvo por un momento...

El es, decididamente apetecible..., pensó Jo Grant

-Sabes, siento que somos ya viejos amigos, dijo.

-Por supuesto que sí, dijo el Doctor. -¡No hay necesidad de preparar una comida para él, viejo amigo! Parecía resentido, casi celoso.

Sintiendo una cierta tensión en la atmósfera, el brigadier se aclaró la garganta. -Vamos, señorita Grant, usted me puede dar un informe preliminar. Se volvió hacia el Doctor. -Creo que ustedes dos tienen mucho de qué hablar. Te agradecería que me avisaras cuando estés libre.

Muy bien, brigadier, muy bien. Voy a hacer mi tarea y le daré un informe completo.

El brigadier levantó una ceja y condujo a Jo lejos.

-El Doctor parece estar de un extraño estado de ánimo, dijo, mientras caminaban hacia su oficina.

Jo asintió con la cabeza. -Él ha estado un poco deprimido últimamente. Le preocupa que el Maestro escape una vez más. Tal vez su visitante le levante el ánimo.

Esperemos que así sea. Parece un agradable muchacho

-Ciertamente, dijo Jo. -Es algo curioso, pero lo que dijo tenía toda la razón. En el momento en que él tomó mi mano, me sentí como si yo lo conociera desde hace años...

En el laboratorio, el Doctor todavía estaba tratando de persuadir a su yo mismo antes de adoptar una visión más alegre de su exilio.

Un trabajo interesante, un entorno agradable, colegas encantadores...

-Oh, es muy confortable, como las cárceles, dijo el tercer Doctor amargamente.

-Vamos

-¿No lo entiendes? ¡Sin duda, no he cambiado tanto! Soy un Señor del Tiempo. ¡La libertad de viajar en el espacio y el tiempo es el punto central de mi existencia! Sin ella, yo soy menos que yo.

-Eso al menos lo puedo comprender, dijo el Doctor. -Yo también soy menos que yo, que todos mis seres en este momento. No es una sensación muy agradable.

-Tal vez, pero todavía tienes tu libertad. -¿Te das cuenta el tormento que es para mí ver tu TARDIS, mientras mi TARDIS esta parada, burlándose de mí?

El Doctor frunció el ceño. -¿Parada donde?

El tercer Doctor señaló el hermoso reloj del abuelo. -Veo que incluso se las arregló para restablecer el circuito de camaleón.

No, no lo he hecho. Mi TARDIS todavía se ve como una cabina de policía, está parada justo a las afueras de las instalaciones.

Los dos Doctores se miraron entre sí y luego al reloj de péndulo.

Ese reloj no estaba aquí cuando me fui, dijo el tercer Doctor lentamente.
-Ciertamente no es el mío y si no es el suyo, ¿de quién es?

Se abrió una puerta en la carcasa pulida del reloj.

-Mio, Doctor, dijo el Maestro, saliendo del reloj, con el eliminador de la compresión del tejido en la mano. -¿De verdad crees que daría por vencido tan fácilmente?

El maestro y el tercer Doctor frente a frente.

Te lo dije antes, Doctor, no hay nada malo con mi TARDIS, continuó el Maestro. -El circuito de camaleón, se encuentra en perfecto funcionamiento. Yo sabía las coordenadas de este lugar. Si usted recuerda, yo he estado aquí antes.

-Intentando matarme con la ayuda de un flex Nestene de animación teléfono. ¡Oh, sí, me acuerdo!

El Maestro se rió entre dientes. -Me tienes que permitir que me divierta un poco Doctor. Pero esta vez la broma ha terminado. Levantó el Eliminador.

-¿No estas preocupado por la presencia de un testigo?

El tercer Doctor asintió con la cabeza hacia el hombre joven de pelo largo a su lado.

El Maestro le dio al desconocido una mirada desdeñosa. -¿Uno de sus ayudantes humanos, Doctor?

No es un asistente, exactamente y él no es humano. ¡Mira otra vez! Abre tu mente.

El Maestro estudió al hombre joven y alto. Sus mentes se tocaron, y los ojos del Maestro se abrieron en estado de shock.
Ellos nunca lo permitirían. ¡No es posible!

-¡Oh, pero lo es! dijo el Doctor. -¿No es justo, dos contra uno?

Por un momento la concentración del Maestro dudó, tuvo que luchar con el concepto de dos Doctores presentes en la misma zona temporal.

De repente, el Doctor saltó hacia delante y agarró el Eliminador. Lucharon por un momento, entonces el Doctor torció la muñeca del Maestro y el eliminador de la compresión del tejido cayó al suelo. El tercer Doctor se lo arrebató, pero

con un salvaje empujón del Maestro hizo tambalear al Doctor, chocó con su otro yo, y casi se cae.

El Maestro ya estaba desapareciendo en su TARDIS. El tercer Doctor levantó el Eliminador y apuntó a la espalda del Maestro, pero no disparó. El Maestro desapareció en el interior del reloj de péndulo. Con un gemido y un sonido pulido, el reloj desapareció.

El tercer Doctor miró al Doctor y se encogió de hombros, deslizando el Eliminador en el bolsillo.

-Lo sé, dijo el Doctor. -¿Nunca estuvimos muy interesados en matar?, ¿Y quién quiere un souvenir en miniatura del Maestro?

El brigadier y Jo Grant llegaron corriendo del laboratorio.

El brigadier encontró la presencia del tercer Doctor con alivio, mirando rápidamente a la caseta de policía en la esquina.

-Hemos escuchado ese sonido... Pensé que nos había dejado, Doctor.

No puedo dejarle brigadier, ya lo sabes

-Pero yo si debo hacerlo, dijo el Doctor. -brigadier, Señorita Grant...

-Un gran placer volver a encontrarnos. ¿Tal vez me puedas acompañar fuera de las instalaciones, Doctor? -Con mucho gusto, dijo el tercer Doctor.

Antes de Jo o el brigadier pudieran responder, los dos Doctores se alejaron a toda prisa

La TARDIS del Doctor estaba en un tranquilo rincón de los jardines. Extraño, pensó, que haya dos TARDIS, tan juntas en la misma zona temporal. ¿Pero era mas extraño la presencia de dos Doctores?

No, por supuesto, que en realidad haya dos TARDIS o dos Doctores o cualquier cosa que hiciera llegar a eso. Todo muy paradójico.

Sacó la llave de su bolsillo y se volvió para decir adiós.

El tercer Doctor miraba fijamente a la cabina de policía, con el Eliminador compresor de tejido del Maestro en la mano.

-Esa es mi TARDIS, dijo ferozmente. ¡Mía!

-No, no lo es, dijo el Doctor gentilmente. -Lo será un día, pero todavía no.

-¿Qué me impide tomarla ahora?

–¡Estarías robando tu propio futuro!

–¿Qué hay de malo en eso? Al menos estaría seguro de tener una. Te diré qué, ya que pareces tan interesado en ello, te quedas aquí y cumples mi exilio.

El Doctor sacudió la cabeza.

–Eso sería una paradoja sobre otra. No, no puedo hacer eso. Y no puedo ceder mi TARDIS.

–¡Puedo obligarte!

El Doctor miró al Eliminador.

–¿Con eso? No lo creo. Después de todo, sería una especie de suicidio. Y si no lo usaste en el Amo, apenas si lo usarías en mí.

–¡No estés tan seguro! ¡Quizás lo haga para probar que estás equivocado!

–Sé que no lo harás –dijo el Doctor–. Porque no lo hiciste...

Incluso mientras hablaba el Doctor se dio cuenta de que lo que acababa de decir no era necesariamente verdad. Con su sola presencia ya estaba cambiando el tiempo. ¿Quién sabe cuánto más podrían cambiar las cosas, quizás para peor?

El Tercer Doctor mantuvo la duda en su mente y sonrió sombríamente.

–¡Exacto! Ahora estás aquí, ¡cualquier cosa podría pasar!

Se quedó ahí por un momento, jugueteando con el Eliminador, que miraba con nostalgia a la TARDIS.

Él miró al Doctor.

El Doctor topó con su mirada.

–Bien, decídetelo. ¿Vas a hacerlo o no?

El Doctor sonrió con ironía.

–Tienes razón, claro. Por mucho que esté tentado a hacerlo, no puedo... no más de lo que tú podrías –le pasó el Eliminador al Doctor.

–¡Un souvenir para ti! Adiós... y buena suerte.

—Adiós —dijo el Doctor—. Recuerda: tú ya tienes tu lugar en la historia gallifriana. Mi futuro aún está considerablemente en duda.

Levantó una mano como despedido y desapareció dentro de la TARDIS.

Unos momentos después, el Tercer Doctor escuchó el desgarradoramente familiar gemido silbante de la TARDIS mientras se desaparecía. Se quedó mirando el espacio un momento. Entonces, respirando profundamente, se dio la vuelta y volvió al UNTTHQ.

Jo y el Brigadier lo estaban esperando, y había trabajo por hacer.

Capítulo 9

Interludios

El Doctor estaba en la consola de la TARDIS, sus manos extendidas como las de un concertista de piano, a punto de comenzar un concierto genial. Él era un Doctor muy diferente del que se había tambaleado en la sala de control después de la trampa del Amo. Algo de su identidad y gran parte de su confianza, habían sido restauradas en él.

Pero todavía quedaba un largo camino por recorrer y él estaba muy lejos de tener el control de su propio destino.

Cerró los ojos y esperó a ver dónde y cuándo lo llevaría la TARDIS.

Sus manos comenzaron a manejar los controles.

La Presidente Flavia miró pensativa el tempograph en la pantalla gigante. Como antes, se mostraron siete segmentos azules de diferentes longitudes y uno corto rojo. Las trazas de luz mostraron que el segmento rojo se había curvado de nuevo hasta tocar los segmentos primero, segundo y tercero a su vez. Se mueve ahora hacia el cuarto.

-Como se ve, Señora Presidenta, dijo Volnar Jefe Técnico temporal fussy, -el patrón continúa. El Doctor ha interactuado con su primera, segunda y tercera encarnaciones

-Y ahora se dirige a la cuarta, concluyó Flavia con frialdad. -Puesto que nada ha cambiado, ¿por qué me las has enviado?

-Perdóneme, Señora Presidenta, algo ha cambiado. La pantalla muestra la situación hasta hace muy poco. Luego sucedió esto.

Volnar tocó uno de los controles y cambió el patrón. Durante un tiempo el segmento rojo continuó moviéndose hacia el cuarto azul y luego desapareció por completo de la pantalla.

-¿Y bien?" espetó la Presidente Flavia. -¿Qué significa esto?

-No estoy seguro, Señora Presidenta, dijo Volnar miserablemente.

-¿Esta muerto el Doctor?

-Es posible, Señora Presidenta. O tal vez de alguna manera ha ido más allá de la gama de los escáneres de digitalización temporal.

-¿Eso es posible?

-En teoría, señora Presidenta. Puedo comprobar los manuales y los archivos.

-Hazlo. Y avísame cuando tengas algo que informar.

A medida que regresaba a su oficina, la mente de Flavia se llenó con la imagen del segmento rojo extinguiéndose.

-¿Y si el Doctor ha dejado de existir?

Capítulo 10

Vampiros

En medio de una cámara circular llena de gente, en el interior de una cúpula en el bosque, dos figuras muy diferentes se sentaron en cajas de embalaje plasti-acero, bebiendo vino tinto áspero de copas de plata deslustrada.

Uno de ellos era un hombre muy alto con una maraña de pelo rizado y ojos grandes y curiosos. Llevaba ropa holgada y cómoda coordinadas en los países ricos burdeos. Una bufanda increíblemente larga enrollada alrededor de su cuello. Un maltrecho sombrero de ala ancha suave, encastado en la parte posterior de su cabeza.

Por el contrario, la joven junto a él era pequeña, bien vestida y bien formada. Ella tenía el pelo rubio, una frente alta y abovedada, sin darse cuenta con una arrogancia superior, de aire aristocrático.

El hombre era El Doctor, ahora en su cuarta encarnación. La joven es la Señora Romanadvoratrelundar, Romana, para abreviar, señora del tiempo compañera de viaje del Doctor.

El cuarto Doctor tomó un largo trago de su vino y miró alrededor de la cámara llena de gente. Estaba llena de rebeldes, algunos con alegría celebrando, otros que tienen curando sus heridas, en busca de viejos amigos y participando en las discusiones entusiastas sobre el nuevo futuro, más brillante ahora que los Señor de los vampiros había sido asesinado.

-La única cosa más triste que una batalla perdida, dijo El Doctor, -es una batalla ganada. Me dijo el viejo Wellington, después de Waterloo. Él tenía toda la razón.

Romana frunció el ceño. -Eso no parece tremendamente lógico.

-Tal vez no. Pero tiene mucho sentido. Una vez que la emoción de los combates se desvaneció, pensó el Doctor, y el tumulto y los gritos eran más, te has quedado con una curiosa sensación de decepción dentro.

El cuarto Doctor acababa de sobrevivir a una de las aventuras más aterradoras de su vida -de todas sus vidas. Atrapado en un agujero en el tejido del espacio, la TARDIS se había adentrado en E-Space, un universo más pequeño que existe paralelo al nuestro. Había aterrizado en un planeta aparentemente idílico llamado Alzarius - que había resultado no ser tal. Dejando Alzarius, el Doctor, Romana, una computadora portátil parecida a un perro llamada K9 y un polizón, un muchacho Alzariano llamado Aldric. Habían aterrizado todos en un desolado e inhóspito planeta con un terrible secreto en su corazón.

Aterrados aldeanos, que llevan una vida de tipo medieval, de pobreza y opresión, estaban bajo la influencia de sus maestros inmortales, El mandato de Los Tres, que vivían en la torre que domina el pueblo.

El Doctor y Romana, no tardaron mucho tiempo en descubrir que los Tres - El Rey Zargo, La Reina Camila y Aukon, su Sumo Sacerdote - eran vampiros.

Peor aún, eran siervos del Gran Vampiro, único superviviente de una raza maligna con la que los Señores del Tiempo, una vez se habían librado una guerra larga y sangrienta.

Herido y casi moribundo, el gran vampiro había huido hacia el espacio electrónico, de alguna seguramente en un buque de carga llamado Hydrax. La tripulación Hydrax original, Zargo, Camilla, y Aukon, había sido vampirizados y ayudados por sus nuevos poderes regían a los aterrorizados campesinos. Tomaron un sacrificio anual de los jóvenes de la aldea, drenando su sangre, usándola para alimentar al Gran Vampiro, que estaba, poco a poco recuperando sus increíbles poderes, por bajo la torre

- Que era, de hecho, el propio Hydrax. Cuando el Doctor y sus amigos habían llegado, el gran vampiro había estado a punto de surgir una vez más, dispuestos a invadir el universo con un enjambre de discípulos de los vampiros. El Doctor había puesto fin a este régimen, en un principio por el frente de un ejército de rebeldes para atacar la torre y en última instancia por la destrucción de la gran vampiro mismo, utilizando una de las naves exploradoras del Hydrax como una estaca de metal para romper el corazón del monstruo gigante. Con la fuerza del mal destruida El reinado de Los Tres se convirtió en polvo.

Ahora El Doctor y Romana estaban de vuelta en la cúpula del bosque que fue el cuartel general rebelde.

Adric, el joven polizón estaba dormido en el interior de la TARDIS, agotado por sus recientes aventuras. K9, también en la TARDIS, muy ocupado tratando de calcular un método de dejar el espacio electrónico y volver a entrar en el espacio normal.

La cúpula rebelde, estaba en realidad el interior de una montaña ahuecada, con sus paredes reforzadas con pilares de madera y láminas de metal oxidado. La sala circular se llenó con un revoltijo impresionante de máquinas parcialmente desmanteladas y equipos científicos diversos.

Durante su largo reinado Los Tres habían prohibido todas las ciencias y la tecnología, y decidieron a mantener a sus súbditos en una época oscura de la ignorancia. En el proceso de conversión de la Hydrax de una nave espacial en una torre, ellos habían arrancado los motores, equipos, suministros y todo su equipo de comunicaciones, abandonándolo en lo más profundo en el bosque

El viejo Kalmar, líder de los rebeldes, había ordenado a sus seguidores recoger todo el equipo tecnológico abandonado que pudieron encontrar, con la esperanza de volver a descubrir el conocimiento perdido. Todo había sido almacenado aquí en la cúpula.

El Doctor había lo llamó teknacothaka, una palabra de la que Romana tenía fuertes sospechas, que la había hecho simplemente porque le gustaba el sonido de la misma.

A raíz de la batalla, los rebeldes HQ - ahora el gobierno de HQ - estaban más ocupados que nunca. El frágil, de barba blanca Kalmar y el corpulento Ivo, los dos líderes que sobrevivieron, fueron rodeados por los delegados para discutir con impaciencia lo que se debe hacer a continuación.

Tarak, su joven comandante, había sido asesinado en el ataque a la torre y discutía sobre los sepelios, unos estaban discutiendo por un funeral de Estado y otros por monumento apropiado. Y eso fue sólo el primero de los problemas que deben abordarse. Después de un nuevo sistema de administración que se creará, no sólo para el pueblo, sino para el campo de los alrededores también. Los Tres se habían ido, pero la mancha de su maldad se permanecía alrededor.

Kalmar se separó del grupo y se acercó a ellos.

-Perdóneme, Doctor, pero ¿podría darnos su sabio consejo? Hay mucho por decidir.

-Vas a tener que aprender a tomar sus propias decisiones ahora, dijo El Doctor. - Mis amigos y yo pronto nos iremos.

-Somos conscientes Doctor, dijo Kalmar. -Sin embargo, mientras usted todavía está aquí...

-Oh, muy bien , dijo el Doctor.
-Perdóname, Romana. Sólo estaré un minuto o dos. Y atravesó el grupo que discutía siguiendo a Kalmar..

Romana reflejaba que no parecía haber mucha demanda de sus sabios consejos. No hay escape del machismo al parecer, ni siquiera en el espacio electrónico. Estaba a punto devolver a la TARDIS e irse a la cama cuando alguien le tocó tímidamente en el brazo.

-¿Señora?

Romana se volvió y vio a una joven campesina, un ser delgado y de pálido rostro, envuelto en una manta harapienta.

"Mi señora, ¿hay alguien llamado El Doctor aquí?

Romana señaló al otro lado de la cúpula a donde El Doctor estaba dando una conferencia a un grupo de respetados líderes rebeldes

-Tenéis que mantener un estado de alerta constante, decía. -Los vampiros son notoriamente difíciles de matar y todavía puede haber otras personas que están al acecho en la clandestinidad. Cada hombre debe tener un palo afilado a mano - de hecho, lo que necesitamos aquí es la economía de un interesado!

-Él está allí, dijo Romana. -Pero me temo que está muy ocupado. Ella vio que la mujer estaba escuchando las palabras Del Doctor con horrorizada fascinación. Sin duda, el temor de el vampiro era todavía muy fresco en su mente. -¿Puedo ayudarte?

-Me temo que no, mi señora. Mi hija está enferma con la fiebre de los pantanos. Me dijeron que había un sabio Doctor aquí. Ella está cerca de la muerte y él es nuestra única esperanza.

Romana pensó por un momento. Al igual que la mayoría de los Señores del Tiempo de su rango era multicalificado. Ella sería de tanta utilidad como El Doctor -, probablemente mucho más

-Espera aquí un momento.

Ella se fue hasta el mas cercano de los rebeldes, un muchacho delgado, con una mata de pelo rizado que avergonzado de inmediato se arrodillo. -¿En qué puedo servirle, señora?"

¿Tienes algunos medicamentos en tu colección? Entre las cosas que ustedes recuperaron de la nave espacial, quiero decir.

Se quedó mirándola fijamente y Romana añadió: -Probablemente esta marcado con una cruz roja.

La cara del muchacho se iluminó. -Sí, mi señora, son esas cosas. Kalmar ordenó que todo fuera almacenado en un solo lugar.

Él la llevó a la otra parte de la cúpula donde Romana encontró cuidadosamente apilados, los restos de lo que debió ser un hospital bien equipado de la nave. Para su deleite encontró una caja sellada con un asa de transporte y una cruz roja en la tapa. Resultó ser un Kit medico básico.

Romana verificó los los medicamentos y vendajes. Sin duda podría encontrar algo aquí para bajar la fiebre simple.

Se volvió hacia el muchacho. -Gracias ¿Cuál es tu nombre?

-Xan, mi Señora.

-Gracias, Xan, has sido de gran ayuda. Esto es exactamente lo que necesito.

Volvió con la campesina que estaba mirando asombrada con timidez.
-¡Vamos, entonces!

-¿Mi señora?

-Llévame a tu hija. Estoy bastante segura de que puedo ayudar.

-Pero he venido a buscar al Doctor, mi señora.

Romana estaba cansada de ser tomada por inútil, simplemente porque era mujer.

-Bueno, no lo va a conseguir por hora. Para el caso, yo soy médico, así que te puedo ayudar en todo lo que pueda.

La mujer la miró con una especie de astucia campesina. -¿Eres tú la mujer del Doctor, mi señora?

Romana sonrió. -No exactamente, pero somos muy buenos amigos. Venimos del mismo.....de un mismo país y que hemos sido compañeros de viaje por algún tiempo. Ahora bien, ¿quieres que ayude a su hijo o no? pocas horas pueden marcar toda la diferencia.

La mujer pensó por un momento. Romana casi podía ver su mente intentando resolver el problema.

Finalmente dijo: -Si quisiera seguirme, mi señora y condujo a Romana fuera de la cúpula, en el bosque oscuro.

Atrapados en una acalorada discusión acerca de si una columna o una estatua que conmemoraría el final de Tarak

Mejor, el Doctor ni siquiera la vio partir.

El viaje duró mucho más de lo que esperaba Romana, pero ella se dirigió sin quejarse. La mujer campesina corrió por delante a lo largo de los caminos forestales estrechos, con la cabeza envuelta en su chal.

Una o dos veces Romana preguntó si quedaba mucho a su destino.

-Sólo un poco más, mi señora, fue la respuesta invariable.

El bosque por la noche era oscuro y siniestro. Los árboles cerraban en sobrecarga de modo que los caminos se convirtió en túneles. De vez en cuando un claro dio un vistazo de una pálida luna en un cielo lleno de nubes negras. Romana dejaba de pensar, oyó una especie de furtivo, echar a pique el movimiento en los arbustos. Tenía una curiosa sensación de que estaba siendo vigilada... , Parecía vislumbrar figuras oscuras que revolotean entre los árboles siempre justo en el borde de su visión, pero cuando ella se volvía a mirar ya no estaban. Diciéndose a sí misma, no un capricho, es que su marcha.

Llegaron por fin a un edificio de senderismo de baja agazapado en un hueco oscuro. Un camino de grava conducía a una pesada puerta frontal de metal con clavos. El techo estaba lleno de chimeneas y torres torcidas. El lugar era una importante casa de campo, no la cabaña campesina Romana había esperado.

Se volvió hacia su compañera. -¿Es aquí donde usted vive?

-Sí, mi señora. La campesina vio la sorpresa en el rostro de Romana y siguió adelante.-Esta es la Casa de zarn, mi señora. El Maestro Zarn es propietario de los terrenos de los alrededores. Soy cocinera aquí. El Maestro Zarn me dio permiso para salir de la finca e ir a buscar al Doctor.

-Que amable, dijo secamente Romana.

-¿Dónde está el niño?

-En mi habitación, mi Señora. Tenemos que ir por la parte trasera.

Ella llevó Romana lejos de la imponente fachada de la casa a un patio en la parte posterior. Estaba lleno de un desorden de dependencias de madera, algunas de ellas en realidad construidas sobre la casa.

La mujer llamó a una puerta de madera arqueada. Después de un momento se abrió, revelando una figura con una linterna que miraba con sorpresa a Romana y luego a la campesina. -Hurda, ¿quién es esta? Se te envió a buscar...

-Vamos Maestro yo le explicare todo, dijo la mujer. Había miedo en su voz.

Después de un momento el hombre se hizo a un lado, invitándolas a entrar.

Romana se encontró en una sombría cocina, de losas de piedra . Contenía una mesa y pesadas sillas de madera maciza y había una chimenea con un espacio para cocinar en un lado. Los jamones y quesos colgaban de las vigas en el techo.

El hombre de la linterna era fornido y de duro rostro. Tenía una barba bien recortada y vestía una chaqueta de cuero con una espada corta en el cinturón. Haciendo caso omiso de Romana, colgó la linterna de un gancho en una de las vigas del techo y se volvió hacia la campesina.

-¿Y bien? ¿Dónde está el Doctor?

-Estaba rodeado por los rebeldes, Maestro. Yo no podía llegar hasta él.

-¿Entonces por qué traerla? ¿De qué nos sirve ella?

-Ella se ofreció a venir, Maestro. Ella es una amiga del Doctor.

El hombre frunció el ceño. -¿Es su mujer?

-Ella dice que no, Maestro Zarn. Pero es su compañera de viaje, son del mismo tipo de gente. No hay duda de que él se preocupa por ella.

El hombre bajo y fornido estudió a Romana. -Puede que nos sirva. Has hecho bien, Hurda.

-Gracias, Maestro. ¿Y mi hija?

-Habla con el jefe de mi guardia. Dile que he dicho que la niña puede vivir.

Romana empezó a sospechar y enojarse cada vez más.

-Me dijiste que aquí había una niña enferma. ¿Dónde está?

-Lo siento señora, - dijo Hurda. -Le mentí.

-¿Por qué lo hiciste? - demandó Romana. -Vine hasta aquí para ayudarte y me recompensas guiándome a algún tipo de trampa. ¿Está tu hija enferma o no?

-Mi hija no está enferma, señora, pero su vida estaba en peligro de todas maneras. Eso era verdad.

-¿Por qué estaba en peligro?

-Los guardias del Maestro Zarn se la llevaron. Él dijo que ellos tendrían su sangre a menos que yo trajera al Doctor hasta aquí. - entonces la mujer se apresuró a irse, desapareciendo por una puerta interior.

Romana miró alrededor, notando que no había nadie entre ella y la puerta hacia el exterior. -Al parecer he sido traída aquí bajo falsas pretensiones, - dijo -voy a irme.

-Usted debe quedarse, - dijo con rotundidad Zarn.

Romana se lanzó hacia la puerta, pero se abrió antes de que ella pudiera alcanzarla. Estaba llena por un pequeño grupo de figuras encapuchadas de negro. De alguna manera Romana supo que ellos eran las oscuras figuras que la habían perseguido a través del bosque.

Había hombres y mujeres en el grupo. Eran de diferentes edades y tamaños, pero todos ellos eran delgados y de rostros blancos, con ardientes ojos y manos como garras. Tenían algo más en común, un aire a hambre espantoso y rapaz.

Se volvió hacia Zarn y entonces vio el mismo hambre en su cara. Él sonrió, revelando largos y afilados colmillos.

Mientras los recién llegados entraban en la habitación, parecía haber al menos una docena de ellos, Romana se dio cuenta que las advertencias del Doctor habían estado bien fundadas.

Zargo, Camilla y Aukon no habían sido, después de todo, los únicos vampiros en el planeta...

Capítulo 11

La Mutación del Vampiro

-¿Dónde está Romana? - preguntó el Doctor.

Después de una acalorada discusión los líderes rebeldes habían decidido que una simple columna en algún lugar de la villa sería el monumento más adecuado para Tarak... en gran parte porque nadie tenía la habilidad para esculpir una estatua. Las artes en el planeta vampiro estaban todavía en un estado primitivo.

Algunos de los más radicales, y económicos, delegados incluso habían estado a favor de simplemente renombrar el comedor comunitario en honor de Tarak. Ivo, quien dirigía la sala se opuso a eso. Él tenía planes para convertir el salón en una posada, un lugar acogedor donde la gente pudiera ir a comer y beber porque querían, no porque fuera obligatorio.

El Doctor se opuso también.

-Los símbolos son importantes, - dijo. - cada vez que vean el monumento a Tarak les recordará los males que superaron, y a todos aquellos que dieron sus vidas por su libertad.

La decisión tomada, los delegados comenzaron las disputas sobre quién debería construir el monumento, dónde debería permanecer y quién debería pagar por él.

El Doctor se separó del grupo.

-El viejo Winston estaba bastante acertado, -dijo para sí mismo- la Democracia es una forma muy ineficiente de gobierno, ¡es únicamente mejor que cualquier otra que se haya intentado!

Sintiéndose culpable al ser consciente de que se había ido por mucho más que los pocos minutos prometidos, fue a reunirse con Romana, sólo para encontrar que no se encontraba en ningún lugar a la vista.

-¿Dónde está Romana? - preguntó de nuevo a la sala en general. Levantó la voz.- ¿Romana?

Un joven rebelde corrió a su lado.

-¿Buscas a la Señora Romana, mi señor?

-Sólo Doctor, -dijo el Doctor- odio todas estas antiguas reverencias.

-Sí, mi señor Doctor. Lo siento, mi señor Doctor. - dijo el rebelde.

El Doctor suspiró.

-¿Has visto a Romana?

-Sí, mi señor, ella dejó la cúpula hace un tiempo.

-¡Qué! -dijo el Doctor.- ¿Por qué? ¿Con quién? ¿Por qué no me dijeron?

-Se fue con Hurda, mi señor, la criada de cocina de la Casa de Zarn, mi señor. Había alguna clase de problema con una niña enferma, pero temo que ella no debería haber ido.

-¿Por qué?

-Zarn era un sirviente fiel de los Tres Que Gobiernan, mi señor. Hizo muchas visitas a la torre.

-¿Entonces, por qué no advertiste a Romana?

El joven rebelde pareció sorprendido.

-No es mi lugar aconsejar a gente como usted o la señora Romana, mi señor.

Había desventajas en ser un 'todo lo sabe' y 'todo poderoso', pensó el Doctor. Nadie te decía nada, ya que asumían que tu ya lo sabías.

Ahora, Romana había ido a realizar una visita de medianoche en lo que podía resultar ser una colonia de vampiros, sin, por supuesto, molestarse en avisarle a él.

El problema con las Señoras del Tiempo, pensó el Doctor con culpa, era que ellas eran demasiado independientes. Tuvo una punzada de nostalgia por el tipo de acompañante femenina que permanecía pegada a su lado y gritaba a la primer señal de peligro.

-He de presumir que este Zarn sabe que las cosas han cambiado, -dijo el Doctor pensativo.- si no lo sabe, pronto lo hará. No puedo pensar que se arriesgaría a dañar a Romana. -pero aún quedaba un dejo de inquietud en su mente. Volviéndose hacia el joven rebelde, llegó a una decisión.

-¿Puedes decirme cómo llegar a la Casa de Zarn?

El muchacho pareció preocupado.

-Será difícil, mi señor. Los caminos del bosque son traicioneros y confusos, especialmente en la noche.

Su cara se iluminó. -¡Yo puedo llevarlo!

-Bueno, no estoy seguro...

-Por favor, déjeme, mi señor. Sería un honor servirle. Ellos no me dejaron formar parte del ataque, dijeron que era demasiado joven. Si fuese capaz de ayudar a quien no salvó...

tocado por tanto entusiasmo juvenil, el Doctor estuvo de acuerdo. Miró hacia Kalmar, que todavía discutía con sus colegas. El Doctor sabía que sólo tenía que decir la palabra para tener la mayoría de la armada rebelde acompañándolos. Parecía un alboroto innecesario.

Era más simple ir solo.

Se volvió hacia el chico.

-¿Cuál es tu nombre?

-Me llamo Xan, mi señor.

-De acuerdo Xan, vamos.

-Iré a buscar capas, mi señor. Hace frío en el bosque de noche.

Xan corrió hacia el otro lado de la cúpula y regresó con dos de las capas grises con capuchas usadas por los rebeldes. Tenía dos largas espadas bajo el brazo.

-Aquí, mi señor Doctor. Traje armas también.

-No para mi, -dijo el Doctor con firmeza- no apruebo la violencia. -miró de manera crítica la capa.- De alguna manera no creo que esto vaya bien conmigo tampoco. Estoy bien como estoy.

Ajustó su larga bufanda con fuerza alrededor de su cuello y se puso su maltrecho sombrero.

Xan pareció perplejo por un momento, entonces se dijo que ningún ser tan poderoso como el Doctor era no tenía necesidad de llevar ropas y armas comunes. Sin duda él podría convocar rayos con el chasquido de sus dedos.

Además, tenía a Xan para protegerlo.

Con orgullo, Xan sujetó la espada, que era casi tan grande como él, alrededor de su cintura y se puso la capa.

-Estoy listo, mi señor.

-Entonces marca el camino.

Se precipitaron hacia afuera, hacia la noche.

Romana estaba asistiendo a una fiesta vampírica. Estaba sentada a la cabeza de la mesa ovalada, una silla vacía a su lado. Le recordó al festival que ella y el Doctor habían compartido con el fallecido Rey Zargo y la Reina Camilla.

El comedor era mucho más simple, una larga y oscura cámara adornada con cortinas de terciopelo negro y lleno de pesados muebles de roble. Había un gran y arqueada ventana, cubierta con una cortina de terciopelo rojo sangre.

La comida era una versión simplificada de la servida en el banquete real. Platos de carne picada, poco cocinados para permanecer ensangrentados, un surtido de verduras de raíz y hogazas de pan duro. El vino era inferior, alguna clase local de rústico tinto, servido no en vasos de cristal sino en copas de madera.

En la fiesta anterior, Romana se había cortado el dedo cuando uno de los vasos de cristal se había partido. Se estremeció, recordando cómo los ojos de Camilla habían brillado ante la vista de sangre.

Esa chispa hambrienta estaba ahora presente en los ojos de sus compañeros huéspedes, esas siniestras figuras que habían aparecido en la entrada, mientras desgarraban la carne sangrienta con largos, afilados dientes.

Romana tuvo la incómoda sensación de que ella misma podría llegar a ser el plato principal.

Se volvió hacia Zarn, que había tomado asiento junto a ella a la cabeza de la mesa.

-No soy capaz de entender qué esperas conseguir teniéndome aquí.

-Esperamos ganar la presencia del Doctor. -señaló con la cabeza a la silla vacía a la derecha de ella.- Cuando él sepa lo que ha pasado, vendrá por ti.

-Si lo hace, traerá al ejército rebelde con él.

-¿Por qué lo haría? No tiene razones para sospechar de ningún peligro real.

-Incluso si él viene y lo capturan, ¿qué sigue?

-El Doctor ha destruido a nuestros Rey y Reina, y Aukon, su Sumo Sacerdote, -dijo Zarn.- no solo a ellos, sino al Grande a quien todos ellos servían.

-Pensamos que ese era el fin de los vampiros, -dijo Romana.- pero parece que hay más de ustedes.

-Muchos más, mi señora. Los Tres Que Gobiernan, que mandan, han desparramado la semilla de vampiros por toda esta tierra. La villa era el centro, puesto que allí fue enterrado el Grande, esperando el tiempo para resurgir. Pero los visitantes llegaron hasta la torre desde lejos, muy lejos. Se quedaron por un tiempo, fueron cambiados y regresaron a sus hogares para cambiar a otros. En cada villa, cada ciudad, en la sangre de cada familia noble del planeta, estamos esperando. ¿Qué será de nosotros ahora?

-Ellos los cazarán y destruirán, -dijo Romana.

Hubo un silbido de ira proveniente de los vampiros reunidos.

-Tienes razón, -dijo Zarn con calma.- primero la flor garil para detectarnos. Luego la estaca a través del corazón, el decapitamiento y el fuego, ese será nuestro destino por sobre toda esta tierra, gracias a ti y al Doctor.

-¿Entonces quieren vengarse?

-Para nada. Nosotros queremos... reemplazos. Tu y el Doctor serán nuestros nuevos Rey y Reina.

-¿Estás hablando en serio?

-Por completo, mi señora. Con ustedes a cargo, esa escoria campesina no se atreverá a atacarnos. Les temerán a ustedes, como una vez reverenciaron a los Tres.

-¿Qué te hace pensar que nosotros estaremos dispuestos a ser sus líderes?

Zarn sonrió, revelando sus largos y puntiagudos colmillos.

-Pronto estarán no solo dispuestos sino impaciente por ser nuestros líderes, mi señora. ¡Pronto ambos serán vampiros, como nosotros!

Estas novelas y otras más subidas por Audiowho

Vísitanos en <http://audiowho.gonebe.com/>. La versión definitiva, corregida y completa de la novela la encontraréis el 23 de abril en el blog

Traducido por Alvaromagic, Lau, scnyc, Weber, Disorder, Luna, Inukissa